

LA TREGUA. DE MARIO BENEDETTI,
UN DIARIO DEL AMOR Y DE LA MUERTE

BIBLIOTECA
DE LA
UNIVERSIDAD DEL VALLE DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD DEL VALLE DE GUATEMALA
FACULTAD DE HUMANIDADES
Departamento de Letras

LA TREGUA, DE MARIO BENEDETTI,
UN DIARIO DEL AMOR Y DE LA MUERTE

María Esther Fuentes Díaz

Trabajo de investigación presentado para optar
al grado de Licenciada en Letras

Guatemala
1992

A don Salvador Aguado-Andreut,
con todo cariño.

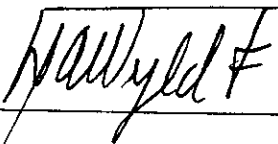
A mis hijas
Carolina, Adelina y Ligia

Vo. Bo.

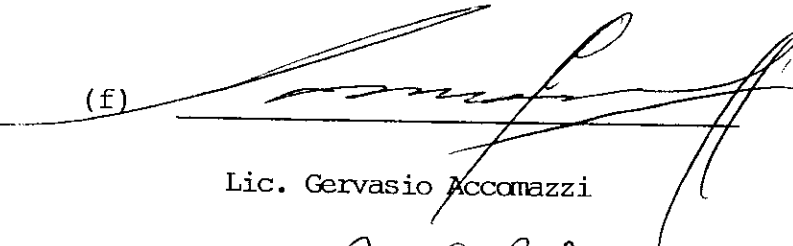
(f) 

Licda. Delia Quiñonez de Tock

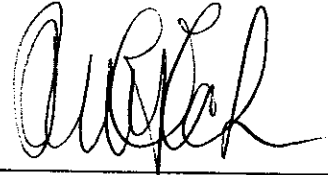
Tribunal:

(f) 

Lic. Gustavo Adolfo Wyld Ferraté

(f) 

Lic. Gervasio Accomazzi

(f) 

Licda. Delia Quiñonez de Tock

RESUMEN

En el siguiente trabajo se presentan algunas consideraciones de la obra literaria La tregua /1/. del escritor uruguayo Mario Benedetti, autor reconocido a nivel internacional por su amplia producción literaria y por su posición ideológica ante los problemas sociales de la América Latina.

En la Introducción se hace referencia a las razones por las cuales se escogió esta obra como motivo de análisis y la preferencia por el método utilizado.

El capítulo II presenta aspectos del autor, su biografía, un recuento de su producción (hasta 1985) y la posición que ocupa Benedetti dentro de la literatura americana.

El capítulo III se refiere directamente al contenido de la obra, la síntesis argumental, su estructura, su temática como soporte de la novela, y también algunos aspectos del lenguaje utilizado, tanto en su aspecto formal, como en los

/1/ Todas las citas que se hagan corresponden a la obra citada en la bibliografía.

regionalismos de la localidad donde se desarrollan los acontecimientos narrados.

En el Capítulo IV. están las conclusiones que apuntan hacia la comprobación de que el amor es prácticamente el único sentimiento capaz de rescatar al ser humano de la desesperanza cotidiana.

En el final, se incluye la bibliografía correspondiente y varios trabajos de crítica acerca de la obra literaria de Benedetti.

INDICE

| Página | | |
|--------|--|----|
| | RESUMEN | |
| I. | INTRODUCCION | 1 |
| II. | EL AUTOR | 3 |
| | A. Síntesis biográfica | 3 |
| | B. Recuento aproximado de la obra de Mario Benedetti | 5 |
| | C. Mario Benedetti en la literatura Hispanoamericana | 8 |
| III. | <u>LA TREGUA</u> , de Mario Benedetti | 11 |
| | A. Síntesis argumental de <u>La tregua</u> | 11 |
| | B. Estructura | 13 |
| | C. La temática | 23 |
| | D. Los personajes | 62 |
| | E. El lenguaje de <u>La tregua</u> | 88 |
| IV. | CONCLUSIONES | 95 |
| | BIBLIOGRAFIA | 99 |

I. INTRODUCCION

Mario Benedetti ha sido un autor prolifero e incansable. Influido por los escritores europeos y americanos de la mitad de este siglo, y animado por los grandes movimientos sociales de este período, muestra en su producción literaria todas sus ideas y sentimientos respecto del hombre y sus circunstancias, y como Ortega, reflexiona y medita. Benedetti expone literariamente sus valores y creencias acerca del hombre y sus tribulaciones y por esas razones escogí como material de trabajo, La tregua. En ella encontré la temática que atrajo mi atención, pues considero que enfoca desde un ángulo particular esos grandes problemas humanos, como lo son el amor y la muerte.

Esta obra destaca entre la abundante producción literaria de este autor: fue llevada al cine por una compañía argentina y premiada en un festival cinematográfico internacional.

Al leer las otras novelas y los cuentos de Benedetti, llama la atención el hecho de que, en cada una de ellas, utiliza un procedimiento narrativo distinto, lo que muestra su gran esfuerzo y versatilidad literaria. Su

poesía es clara y diáfana, cargada de un realismo impresionante que inmediatamente traslada al lector al mundo de sencillez de la vida diaria.

Este trabajo se enfoca desde una perspectiva de carácter temático porque, según criterio de la autora, Benedetti trata de demostrar que el amor es prácticamente el único sentimiento capaz de rescatar al ser humano de la desesperanza cotidiana, pero -lamentablemente- la muerte, a su vez, trunca ese rescate.

Para desarrollar el estudio de La tregua, recurro a la utilización de algunos aspectos del método estilístico, pues considero que es el más apropiado para el estudio de una obra literaria de esta naturaleza, ya que permite conocer la intimidad de la obra literaria, penetrar en ese "castillo interior", como diría Santa Teresa, y llegar al fondo de esa creación humana.

Espero cumplir, en este trabajo, con la tarea de reconocimiento y de análisis de la obra literaria de Benedetti, y divulgar con ello su valiosa producción.

II. EL AUTOR

A. Síntesis biográfica

Mario Benedetti, viajero incansable por deseo y por necesidad, vio la luz por primera vez el 14 de septiembre de 1920 en Paso de Toros, Tacuarembó, Uruguay.

Allí vivió hasta los cuatro años, pues la familia, para mejorar su situación económica, se trasladó a Montevideo, donde años más tarde cursó la escuela primaria en el Colegio Alemán. La disciplina del colegio lo ayudó, como él lo confiesa, en su formación de hombre y en el desarrollo del sentimiento de solidaridad con sus compañeros que no tenían la ascendencia alemana. En la secundaria fue un estudiante irregular hasta terminar la carrera como alumno libre.

A la edad de dieciocho años se trasladó a Buenos Aires, y, durante tres, desempeñó el trabajo de taquigrafo; es en esta época cuando empieza a escribir poemas. Luego, a los veinticinco años, instalado en Montevideo, publica su primer poemario: La vispera indeleble. De ese momento en adelante, Benedetti se convertirá en un incansable escritor que experimentará todos los géneros literarios, pues escribirá, además de poesía, teatro, novela, cuento y ensayo. Trabaja

como periodista y colaborador en varias revistas: se hace corresponsal e incursiona en el campo de la política. Su humorismo siempre presente y la amenidad con la que escribe lo instauran rápidamente en el preferido de los lectores.

La experiencia que adquirió Benedetti en los distintos trabajos que tuvo (taquígrafo, cajero en una venta de repuestos para automóvil, empleado en la Contaduría General de la Nación, tenedor de libros en una empresa inmobiliaria, y diversos trabajos de oficina) le han servido para conocer profundamente al hombre común y sencillo de la calle, el cual constituye el prototipo de sus personajes literarios.

Su actividad política, como él lo dice, en contra de la opresión y de la alienación urbana de su país, lo convirtió en el portavoz de la resistencia y de los grupos perseguidos y maltratados del Uruguay, circunstancia que le hizo ganar la enemistad del gobierno de turno y, como es frecuente en América Latina, lo condujo al exiliado. Su situación de exiliado político es causa de la censura impuesta a algunas de sus novelas y ensayos; como Gracias por el fuego, el fuego, novela publicada en 1965, cuya publicación fue prohibida en dos ocasiones.

La novela que situó a Benedetti en la vanguardia de los escritores latinoamericanos fue La Tregua. Esta obra, publicada en 1960, ha dado lugar a mucha crítica, a ensayos y a múltiples comentarios; llevada al cine en Argentina, constituye no un compromiso político, sino una narración en la cual el tiempo, el amor y la muerte se ven entrelazados y presentados en un tono de diario íntimo y con las vivencias del hombre de la clase media uruguaya.

Mario Benedetti ha sido premiado dentro y fuera de su país muchas veces, y sus obras están traducidas a varios idiomas. En los últimos años ha llevado una vida de intenso trabajo; taquigrafo en la UNESCO, conferenciante y articulista en varias revistas, Director en la Casa de las Américas (Cuba) y Director del Departamento de Letras en una Universidad del Uruguay. Actualmente vive en Palma de Mallorca, pero viaja constantemente a América, principalmente a México y Cuba.

B. Recuento aproximado de la obra de Mario Benedetti

A continuación se presenta una bibliografía aproximada de Mario Benedetti, la cual revela su creatividad polifacética y justifica el lugar que ocupa en la literatura hispanoamericana del siglo XX.

1. Poesía

- La vispera indeleble (nunca reeditado) (1945)
- Solo mientras tanto (1950)
- Poemas de oficina (1956)
- Poemas de hoy y por hoy (1963)
- Inventario (1963)
- Antología natural (1967)
- A ras del sueño (1967)
- Letras del continente mestizo (1967)
- Sobre artes y oficios (1968)

2. Cuento

- Esta mañana (1949)
- El último viaje y otros cuentos (1951)
- Montevideanos (1959)
- La muerte y otras sorpresas (1968)

3. Humorismo

- Crónicas humorísticas (1956-1960)
(Con el seudónimo de Damocles y Orlando fino)
- Mejor es Meneallo (1961) Recopilación de Crónicas humorísticas firmadas como Damocles.

4. Novela

- Quién de nosotros (1953)
- La Trequa (1960)
- Gracias por el fuego (1965)
- Primavera con una esquina rota (1982)
- El cumpleaños de Juan Angel (1971)
(Novela en verso)

5. Teatro

- Ustedes por ejemplo (1953)
- El Reportaje (1958)
- Ida y vuelta 1958)

6. Ensayos

- Peripiecia y novela (1948) (Volumen de ensayos)
- Arraigo y evasión en la literatura hispanoamericana
(1949)
- Marcel Proust y otros ensayos (1951)
- Sobre artes y oficios (1968) (Incluye dos ensayos
acerca de Marcel Proust y otros ensayos)
- El país de la cola de paja (1960) (Hasta 1973 llevaba
ocho ediciones)
- Literatura uruguaya siglo XX (1963)
- Genio y figura de José Rodó (1966)
- Cuaderno cubano (1969)

- Crónica del 71 (1972)
- Los poetas comunicantes (1972)
- El terremoto y después (1973)
- Letras de emergencia (1973) (Incluye canciones, poemas, fábulas y un cuento)

C. Mario Benedetti en la Literatura Hispanoamericana

Fue a principios de este siglo, por un lado en México con la Novela de la Revolución, y en América del sur con Raza de bronce, cuando se instaura un tipo de narración con características propias de nuestra gente y con los problemas inherentes a nuestra comunidad.

En ese largo recorrido a través de las últimas décadas vale la pena mencionar a Eustasio Rivera (1889-1928), Miguel Angel Asturias (1899-1974) y, sobre todo, a María Luisa Bombal (1910-1980), personas que influyeron en gran manera en los procedimientos narrativos y en la temática de los escritores que empezaron a producir después de los años cincuenta. Interesa resaltar a Miguel Angel Asturias, pues, para muchos estudiosos, fue quien inició el llamado tipo de literatura de protesta, de denuncia social, de demostración de las realidades americanas, de pueblos sumidos en la pobreza, la tiranía y el dolor. Junto con Asturias hay que

mencionar a Jorge Icaza (1906-1978), a José Revueltas (1914-1976) y a otros que abrieron el camino para la temática de autores como García Márquez, Vargas Llosa y Carlos Fuentes.

Dentro de este contexto se inscribe el nombre de Mario Benedetti. Uruguayo por nacimiento, exiliado por su posición política en su país, angustiado por los resultados de la Segunda Guerra Mundial, influido por la Revolución Cubana y decidido a expresar con firmeza su punto de vista acerca de los grandes males de los pueblos de Latinoamérica, Benedetti logra crear una prolifera producción literaria a través de la cual trata de mostrar las realidades del hombre uruguayo y, por extensión, del hombre latinoamericano. Profundamente preocupado por los aspectos sociales, sin alejarse de las realidades psicológicas, sigue una línea narrativa que puede considerarse tradicional, pues no utiliza algunos de los procedimientos innovadores de otros escritores como Rulfo o Vargas Llosa, sino que con sencillez, con toda realidad, nos describe las vivencias urbanas, así como los grandes absolutos del hombre: el amor y la muerte.

Al revisar la obra literaria de Mario Benedetti, puede separarse en dos grandes grupos:

- 1) Obras en donde resaltan los influjos europeos y norteamericanos, particularmente de William Faulkner.
- 2) Material literario que refleja el influjo de los acontecimientos sociales y políticos americanos, particularmente de la Revolución Cubana.

La posición literaria generacional de Benedetti, situada en el año cuarenta y cinco, es la de enfrentar el convulsionado mundo de hispanoamérica; de allí su cercanía política y literaria con García Márquez, y su distanciamiento, en los mismos campos, con Mario Vargas Llosa, con quien ha sostenido fogosos debates públicos.

Viajero constante, escritor incansable y hombre atento a la evolución social de Hispanomáérica, Benedetti está situado entre los escritores de vanguardia más leídos y discutidos en el mundo literario actual.

III. LA TREGUA

A. Síntesis argumental de La tregua

Martín Santomé es empleado de una oficina de contabilidad; está próximo a cumplir cincuenta años de edad y a jubilarse en su trabajo. Tiene tres hijos y una viudez de veinte años.

Santomé lleva una vida rutinaria, que transcurre entre su trabajo, la escasa comunicación que tiene con sus hijos, sus esporádicas aventuras con mujeres y sus casuales encuentros con uno que otro amigo de antaño. Su única meta es lograr la jubilación para dedicarse al ocio.

Cierto día llegan a su oficina varios empleados nuevos, entre ellos, una joven llamada Laura Avellaneda. Santomé rechaza mentalmente a la nueva empleada, pero conforme pasan los días confiesa su equivocación. Laura es activa y seria.

De la aceptación, Martín pasa a la admiración: y sin darse cuenta, llega al enamoramiento. Racionalmente mide su situación: él es un hombre mayor, con tres hijos también mayores. Ella es joven y soltera. A pesar de las

circunstancias, y después de una serie de indecisiones, le confiesa su amor a Laura. Ella no se extraña y le propone establecer una amistad que sirva de base para conocerse mutuamente.

La relación se establece: una simple taza de café, un almuerzo, o asistir al cine. Martín comienza a abrir las puertas de su mundo interior a Laura y ella penetra en él. Hay confidencias, anhelos, evocaciones del lejano pasado. La relación entre ambos se estrecha hasta que surge el amor.

La diferencia de edades se convierte en un conflicto para Martín. Confiesa a sus hijos su relación con Laura; ella se lo dice a su madre.

Poco a poco sus entrevistas toman nuevas formas: ocupan un apartamento y consuman su amor como pareja.

En Martín Santomé se produce un cambio brusco: vuelve a un optimismo perdido, resurge la alegría de vivir y su apatía desaparece. Un día, Laura enferma y, durante esos días, Santomé reflexiona y llega a la conclusión de que la vida le ha dado otra oportunidad y que no debe perderla.

Decide proponerle matrimonio a Avellaneda. Hace planes: se lo dice a su hija y, emocionado, espera el regreso de Laura. Pero una mañana, sorpresivamente, suena el teléfono: es el tío de Laura quien le comunica friamente que ella ha fallecido.

Martín sufre una crisis nerviosa. Es llevado a su casa. Su hundimiento moral es completo. Se abisma en la desesperación y en la angustia; todo ha terminado para él. La vida le jugó una mala pasada; esos momentos de felicidad con Laura fueron solamente una tregua en su amargura. Sólo le queda vivir de recuerdos que le traen felicidad y, junto con ella, mucho dolor.

Laura muere y Martín queda totalmente vacío. Llega la jubilación tan ansiada y él la recibe con toda indiferencia, con esa misma indiferencia con la que vivirá hasta que le llegue la muerte.

B. Estructura

La tregua está en forma de diario. Para los fines del autor, este procedimiento narrativo propicia el efecto intimista y confidencial. más apropiado para atrapar

emocionalmente al lector. La novela se inicia con una fecha: lunes 11 de febrero. Posteriormente se hacen anotaciones en 178 días narrados y finaliza el viernes 28 de febrero del año siguiente, pero sin hacer referencia específica a él. Este recurso sitúa al lector dentro de un tiempo determinado, y hace que se le dé, a cada uno de los días indicados, la importancia necesaria de acuerdo con la evolución de los hechos relatados.

El diseño de esta novela presenta una línea tradicional de desarrollo, la cual puede esquematizar de la siguiente manera:

1. Introducción
 - Planteamiento
 - Introducción de los personajes
 - Señalamiento de las fuerzas opuestas
2. Desarrollo
 - Evolución del argumento
 - Encuentros y reencuentros, choques y despegos de las fuerzas opuestas
 - Concatenación de hechos que señalan un clímax que va precedido de un anticlímax

3. El clímax
 - La decisión final de las fuerzas opuestas
4. El desenlace
 - Es breve y descendente en tensión emotiva
 - Se destaca la intención del autor

La distribución argumental, de acuerdo con este esquema, es así:

1. Introducción

Planteamiento. Desde el principio se presenta lo que será un tema dominante en toda la novela (un leitmotiv): la jubilación:

"Sólo me faltan seis meses y veintiocho días para estar en condiciones de jubilarme..." (81)

Esto ocurre durante el primer día narrado y, a pesar de que esta reflexión o anhelo del personaje se repetirá a través de toda la novela, será hasta el día 25 de febrero cuando abandone momentáneamente esta aspiración, para dar paso a la presentación de los personajes.

Introducción de los personajes. Benedetti introduce a los personajes sin ninguna información anterior y sin preocuparse por descripciones físicas minuciosas. Es a través del desarrollo del argumento como se conocen algunos aspectos interesantes de ellos y se sigue su evolución. Los personajes se introducen así:

- Lunes 18 de febrero: los hijos de Martín Santomé, Blanca, Esteban y Jaime. También presenta ese día a Isabel, su esposa fallecida veinte años atrás.
- Miércoles 27 de febrero: Laura Avellaneda y los nuevos empleados de la oficina.
- Sábado 23 de febrero: Mario Vignale.
- Viernes 5 de abril: Aníbal.
- Viernes 10 de mayo: Diego.

Señalamiento de las fuerzas opuestas

Considero que las fuerzas opuestas están representadas por la edad de los personajes centrales: Laura Avellaneda, de veinticuatro años, soltera, con mucho optimismo por la vida; Martín Santomé, de cuarenta y nueve años, con tres hijos mayores, viudo y apático por su futuro. Entre ellos

surge el amor, que encuentra, en sus edades, el mayor obstáculo para su desarrollo. Martín Santomé así lo manifiesta:

"No puede ser que, a mis años, aparezca de pronto esta muchacha, que ni siquiera es definitivamente linda, y se convierta en el centro de mi atención. Me siento nervioso como un adolescente, eso es cierto, pero cuando miro mi piel que empieza a aflojarse, cuando veo estas arrugas de mis ojos, estas vérices de mis tobillos, cuando siento por las mañanas mi tos vejacona, absolutamente necesaria para que mis bronquios empiecen su jornada, entonces ya no me siento adolescente sino ridículo." (135)

2. Desarrollo

Evolución del argumento

Algunas fechas son importantes pues marcan los motivos que impulsarán el desarrollo argumental de la novela:

- Lunes 11 de febrero: la jubilación.
- Lunes 29 de abril: el descubrimiento que hace Martín Santomé respecto de su amor por Laura.
- Viernes 17 de mayo: la confesión de Martín a Laura. Está enamorado; ella está a punto de aceptarlo.
- Viernes 28 de mayo: la consumación del amor.

- Domingo 8 de setiembre: la confirmación de la plenitud amorosa.
- Lunes 23 de setiembre: la muerte de Laura Avellaneda.

El viernes 28 de febrero termina la novela. El futuro del personaje central queda abierto; sin embargo, se anticipa para él, un porvenir oscuro y lleno de recuerdos dolorosos. Al final de la narración, la situación queda así:

a. Martín Santomé. Lleno de frustración y dolor, queda en un vacío afectivo y en espera de la muerte. Alcanzó la jubilación (aunque ahora ya no le importa) y se siente dueño del tiempo.

"Ultimo día de trabajo. Nada de trabajo... Se acabó la oficina. Desde mañana y hasta el día de mi muerte, el tiempo estará a mis órdenes..."
(255)

Mejóro las relaciones con sus hijos (a excepción de Jaime); queda aislado socialmente (por su propia decisión), y lo más importante, es presa de una tremenda frustración ocasionada por la muerte de Isabel y Laura, y por la homosexualidad de su hijo Jaime.

b. Los hijos de Martín Santomé. Blanca, la mayor, quedará bastante ligada a su padre; por consiguiente, el dolor de él llegará hasta ella. Se prevé la formalización de su relación amorosa con Diego, su novio. Esteban seguirá en su trabajo con el Estado, y Jaime con su creciente homosexualismo.

c. Los amigos de Martín Santomé. Mario Vignale seguirá con su papel de conquistador de mujeres jóvenes y, Anibal, solitario.

Encuentros y reencuentros, choques y despegos de las fuerzas opuestas. Las fuerzas opuestas: la juventud de Laura y la edad avanzada de Santomé. Estas fuerzas son tan contrarias y sus efectos tan decisivos, que la narración llega a situaciones dramáticas que conducen a lo patético del clímax:

"Pero el tiempo corre, lo dejemos o no, el tiempo corre y la vuelve a ella cada día más apetible, más madura, más fresca, más mujer, y en cambio a mí me amenaza cada día con volverme más achacoso, más gastado, menos valiente, menos vital. Tenemos que apurarnos hacia el encuentro, porque en nuestro caso el futuro es un inevitable desencuentro. Todos sus Más se corresponden con mis Menos. Todos mis Menos se corresponden con mis Más." (158)

Concatenación de hechos que señalan un climax que va precedido de un anticlimax

Santomé busca su jubilación; se enamora de Laura a quien le duplica la edad; se presentan los hijos como un posible obstáculo; ellos y la madre de Laura saben de sus relaciones. Los hechos se corresponden de tal manera, que el conflicto aparentemente se resuelve y anticipa dos hechos:

- a) la formalización de la relación amorosa.
- b) el rompimiento de dicha relación, ocasionado por el efecto de la diferencia de edades y los obstáculos familiares.

A esto hay que agregar que Benedetti introduce una variante en la preparación del climax, la posible muerte de Martín Santomé:

"...Si ella me pierde un día (su única enemiga es la muerte, la maliciosa muerte que nos tiene fichados), ella tendría su vida entera, tendría el tiempo en sus manos, en su corazón, que siempre será nuevo, generoso. Pero si yo la pierdo a ella (mi único enemigo es el Hombre, el Hombre que es joven y fuerte y que promete) perdería con ella la última oportunidad de vivir..." (218)

Esta anotación es importante pues define las fuerzas en oposición y presenta lo que podría ser el desenlace: para

ella, (joven) la muerte es la Única enemiga, pues él (por su edad) está más cerca del final de la vida; para él, el Único enemigo es el hombre, pero ese hombre es todos los hombres, de manera que ese ÚNICO enemigo se convierte en un terrible y poderoso rival. El lector es conducido en el anticlímax a un punto de desenlace totalmente opuesto al que realmente ocurrirá y con ello se logra que el clímax (inesperado) sea más duro, certero y aplastante.

3. El clímax

Decisión final de las fuerzas opuestas

El clímax se da el viernes 23 de septiembre cuando muere Laura Avellaneda. Es una muerte inesperada y contraria a lo previsto. Las fuerzas en oposición actúan a la inversa y la muerte, en vez de llevarse a Santomé, se lleva a Laura. Ella muere joven por intervención de fuerzas no tomadas en cuenta. El día en que se registra este hecho es el viernes 17 de enero (casi cuatro meses después de la muerte de Laura).

4. El desenlace es breve y descendente

Del miércoles 22 de enero al viernes 28 de febrero, se produce el desenlace argumental. Al grado de emotividad logrado durante el clímax, siguen diecinueve días en que la tensión desciende a los niveles más bajos. Solamente hay dolor, angustia, inconformidad y frustración.

"La cosa se acabó, sencillamente. No quise ir a su casa, no quise verla muerta, porque era una indecorosa desventaja. Que yo la viera y ella no. Que yo la tocara y ella no..." (243)

"Por eso, cuando movía los labios y decía: Murió, me sentía atravesado, despojado, vacío, sin mérito. Alguien había venido y había decretado: Despójeno a este tipo de cuatro quintas parte de su ser. Y me habían despojado." (242)

La jubilación se logra (no había oposición para ello) y el tiempo, que ahora no tiene sentido, servirá para recordarla y reflexionar acerca de ella.

Se destaca la intención del autor

Es importante el título de la obra pues coincide argumentalmente con él. Martín Santomé tuvo una tregua en su vida de soledad y frustración. Una tregua que dura cuatro meses que abarcan su realización amorosa con Laura

Avellaneda y que, al final, constituyen el único período en el que vivió plenamente feliz. La obra, con características sociales muy fuertes, destaca las costumbres y formas de pensar del pueblo uruguayo en sus capas medias, y hace sobresalir la angustia de un hombre que, en el ocaso de su vida, siente una inmensa frustración y un tremendo vacío en existencial. Todo esto lo consigue el autor al combinar elementos sentimentales, emotivos y humorísticos, con la utilización de elementos lingüísticos simples y una narración ágil y amena.

C. La Temática: el amor y el tiempo entrelazados; el amor, la soledad, la muerte, Dios y lo social

1. El amor y el tiempo entrelazados

Se puede hablar del tiempo y del amor por separado, pero no se puede desligar uno del otro, pues van estrechamente entrelazados: el tiempo es imprescindible para la transición de un estado a otro, pero el amor es el desencadenante de los acontecimientos narrados. Con el siguiente esquema se puede observar lo anterior:

- a) Tiempo psíquico: muerte de su esposa (Isabel)
- b) Tiempo perdido: veinte años de viudez, la ausencia del amor.
- c) Tiempo vital, tiempo recuperado: la tregua, el amor con Laura Avellaneda.
- d) Un retorno al tiempo perdido: muerte de Laura, ausencia del amor.

El enlace

- | | |
|--|---|
| <ul style="list-style-type: none"> a. <u>Vida amorosa</u> tiempo vital (con la esposa) | <ul style="list-style-type: none"> b. <u>muerte de la esposa</u> tiempo detenido |
| <ul style="list-style-type: none"> c. <u>ausencia del amor</u> tiempo perdido sólo; espera la jubilación | <ul style="list-style-type: none"> d. La Tregua Laura, presencia del amor tiempo vital tiempo recuperado |
| <ul style="list-style-type: none"> e. <u>Muerte de Laura</u> ausencia del amor tiempo detenido Nada importa Sólo espera la jubilación | <ul style="list-style-type: none"> f. amor tiempo g. Jubilación y muerte |

El amor es la esperanza en el tiempo (Laura): la falta de amor, la desesperanza (sólo espera la jubilación y la muerte). Por eso, el amor es fundamental para el desarrollo de las acciones que están determinadas por el tiempo; ambos temas se ligan íntimamente.

La ausencia del amor lleva a Santomé a acciones bien determinadas: el deseo de la jubilación, vida pasiva, vacía; una indiferencia total por la vida; un tiempo no vital, un simple transcurrir.

De esa manera, la presencia del amor lo conduce a acciones distintas que conllevan lo opuesto: el optimismo, la esperanza, el nacer nuevamente, un tiempo vital y un tiempo recobrado.

Lo único que se interpone entre el amor y Laura es el tiempo; un tiempo físico, pues la diferencia de edades es un obstáculo para Santomé y lo hace sentirse mal frente a la juventud de ella. Es un contraste entre dos tiempos vitales. También el amor hace sentir a Santomé un tiempo de reencuentro, un tiempo recobrado; sin embargo, el tiempo transcurrido es implacable y son los hijos quienes sitúan al

padre en la realidad; por ello, Santomé se encuentra entre el amor y su tiempo de vida, que le produce temor y sobre todo, angustia por el futuro.

De esa manera, nos encontramos entre dos fuerzas antagónicas:

-El amor como un renacer.

-El amor como una lamentación.

El tiempo transcurrido es como un peso, una carga; el tiempo de realización amorosa con Laura es como una vida nueva; es la oportunidad de Santomé para recobrar el tiempo vital, y sólo consigue de manera temporal: una tregua.

El amor, por tanto, es necesario en la vida de Santomé; es un elemento revitalizador e imprescindible, es su oportunidad de vivir con toda plenitud:

"De lo contrario perderé con ella la última oportunidad de vivir." (218)

2. El tiempo

En La tregua, el tema del tiempo es dominante. Ese tiempo no viene dado sólo físicamente; junto a él se da el

tiempo psíquico, de vital importancia en el esquema de la novela. El tiempo físico es perfectamente definible y su paso es implacable. El tiempo psíquico, en cambio, es imposible de medir y sus consecuencias son impredecibles. Ambos, lo físico y lo psíquico vistos temporalmente, le dan a La tregua un efecto circular y supeditan totalmente el desarrollo de la novela.

a. Situación de la tregua dentro de una temporalidad física definida

Benedetti presenta su novela en forma de diario. Con ese procedimiento literario consigue que el lector le preste atención a cada uno de los días anotados y le asigne una importancia que va en proporción a los hechos registrados. El diario captura los sucesos, los atrapa y los separa de todos los demás acontecimientos. Desde el inicio se marca la temporalidad física:

"Sólo me faltan seis meses y veintiocho días para estar en condiciones de jubilarme. Debe hacer por lo menos cinco años que llevo este cómputo diario de mi saldo de trabajo:" (81)

Este primer hecho registrado ocurre el lunes 11 de febrero (sin señalarse el año). El viernes 28 de febrero del año siguiente se anota:

"Ultimo día de trabajo. Nada de trabajo... Se acabó la oficina, Desde mañana y hasta el día de mi muerte, el tiempo estará a mis órdenes. Después de tanta espera, esto es el ocio. ¿Qué haré con él? (127)

Esta es la última nota registrada y con la cual termina la novela. En total se hacen 178 anotaciones que pueden distribuirse así:

| | |
|-------------|---------|
| febrero: | 11 días |
| marzo: | 18 días |
| abril: | 21 días |
| mayo: | 23 días |
| junio: | 20 días |
| julio: | 19 días |
| agosto: | 23 días |
| septiembre: | 23 días |
| enero: | 6 días |
| febrero: | 14 días |

Interesa esta distribución porque guarda estrecha relación con el desarrollo argumental de la novela: durante los meses de febrero, marzo y abril, se desarrollan los acontecimientos que habrán de culminar el 17 de mayo, día en que Santomé logra confesar sus sentimientos a Laura Avellaneda. Nótese cómo el registro de los días ha ido en

aumento. Mayo registra 23 días porque ése es el mes más sobresaliente en la evolución argumental. A finales de junio se consuma el amor de ambos (viernes 28) y en julio se consolidan las relaciones con el conocimiento mutuo. En agosto, las relaciones han llegado a su máximo punto de comprensión y ambos viven a plenitud su relación amorosa. Este ascenso sentimental se registra el 23 de septiembre, cuando, opuestamente a todo lo razonado, Santomé decide casarse con Laura. En septiembre se registran 23 anotaciones y la última se da el 23 del mes, lo que indica que anotó los hechos de su vida, casi a diario, durante ese mes.

Ese 23 de septiembre es trascendental en la novela: es el día en que Santomé se entera de la muerte de Laura, ocurrida por la mañana de ese mismo día. Ese hecho no es registrado en esa oportunidad, sino el viernes 17 de enero (117 días después):

"Hace casi cuatro meses que no anoto nada. El 23 de setiembre no tuve valor para escribirlo. El 23 de setiembre, a las tres de la tarde, sonó el teléfono. Rodeado de empleados, formularios, consultas, levanté el tubo. Una voz de hombre dijo: ¿El señor Santomé? Mire, está hablando con un tío de Laura. Una mala noticia, señor. Verdaderamente una mala noticia. Laura falleció esta mañana." (241)

A partir de ese día, no se apunta nada. Enero es el mes en el que se reinician las anotaciones y en él quedan registrados esos días de desesperación que aumentan con la anotación del 28 de febrero, último día del mes y de la novela. A partir de allí, no habrá más anotaciones. El mundo de Santomé se acabó. El lo dijo el 25 de febrero:

"A partir del primero de marzo, no llevaré más esta libreta. El mundo ha perdido su interés. No seré yo quien registre ese hecho. Hay un solo tema del que podría escribir, pero no quiero."
(225)

El conteo del tiempo ha sido exacto: la felicidad de Martín Santomé duró cuatro meses: del 23 de mayo al 23 de septiembre, solamente.

b. El tiempo psíquico en los personajes

El tiempo físico influye de manera profunda en los personajes y da lugar al tiempo psíquico (como lo llama Piaget), de dimensiones ilimitadas, que provoca que los días, meses o años parezcan más largos o más cortos y que los efectos de su paso sean determinantes en la formación de su conciencia individual. El presente recibe la pesada carga del pasado y propicia, al proyectarse al futuro, esa enorme angustia que adquiere visos de conflicto sin

solución. Ese tiempo afecta principalmente a Martín Santomé (quien da cohesión a la obra) por las razones siguientes:

1. Su deseo de dejar el trabajo en la oficina (está hastiado) al conseguir su jubilación (desea que pase rápido el tiempo).
2. La angustia que le produce no saber en qué ocupará ese tiempo al alcanzar su jubilación.
3. El tiempo que lo separa de Laura Avellaneda. La diferencia de edades se manifiesta en el aspecto físico de ambos y, a medida que el tiempo transcurre, ésta se acentuará aún más. Este hecho es su mayor preocupación y lo que más angustia le produce.
4. Después de la muerte de Laura y una vez alcanzada su jubilación, el tiempo pierde valor.

Veamos algunos ejemplos:

El paso del tiempo:

"Qué tristeza. Nunca he sido un atleta, libreme Dios. Pero aquí había músculos, aquí había fuerza, aquí había una piel lisa y tirante. Y sobre todo, no había otras cosas que desgraciadamente ahora hay. Desde calvicie desequilibrada (el lado izquierdo es el más desierto), la nariz más ancha, la verruga del cuello, hasta el pecho con islas pelirrojas, el vientre retumbante, los tobillos varicosos, los pies con incurable, deprimente micosis." (190)

"Me siento un poco como el Herodoto de la empresa, el registrador y el escriba de su historia, el testigo sobreviviente." (128)

Cuando cumple los cincuenta años:

"Cincuenta años y se me fue el alma a los pies. Estuve frente al espejo y no pude evitar un poco

de piedad, un poco de conmiseración hacia el tipo arrugado de ojos con fatiga que nunca llegará a nada." (236)

Esa figura externa fija su interioridad:

"Estaré reseco? Sentimentalmente, digo" (128)

"Hoy me siento vulgar y en algunos aspectos indefenso." (121)

Y ante la realidad, llega la angustia:

"La vida se va, se está yendo ahora mismo, y yo no puedo soportar esa sensación de escape, de acabamiento, de final." (225)

Esa angustia llega a su punto de mayor desesperación:

"El tiempo se va. A veces pienso que tendria que vivir apurado, que sacarle el máximo partido a estos años que quedan." (225)

Ante esa imposibilidad de capturar, de detener el paso del tiempo, Martín Santomé quisiera hacer eternos los pocos días de felicidad que vive con Laura Avellaneda:

"Este día con Avellaneda no es la eternidad, es sólo un día, un pobre, indigno, limitado día, al que todos, desde Dios para abajo, hemos condenado. No es la eternidad pero es el instante, que, después de todo, es su único sucedáneo verdadero. Así que tengo que apretar el puño, tengo que gastar esta plenitud sin ninguna reserva, sin previsión alguna." (225)

Inútilmente intenta poner remedio a su angustia:

"Quizá haya después muchos días como éste, y piense entonces en este apuro, en esta impaciencia, como en un ridículo agotamiento. Quizá, sólo quizá. Pero este Mientras Tanto tiene el alivio, la garantía de lo que es, de lo que está siendo". (225)

Sin embargo, pierde a Laura; entonces todo se acaba; el tiempo pierde sentido:

"Desde mañana y hasta el día de muerte, el tiempo estará a mis órdenes. Después de tanta espera, esto es el ocio. ¿Qué haré con él?" (225)

3. El amor

Dentro de la soledad tan abrumadora que se da en La tregua, surge el amor. La mayoría de los personajes de la obra carecen de él: Vignale, Aníbal, Blanca, Jaime, Esteban, los empleados de la oficina y Martín Santomé.

Esa carencia se marca desde el principio y subsiste al final, pues todos quedan en la misma situación inicial, a excepción de Blanca que tendrá en Diego, su novio, el consuelo amoroso de su vida.

El tema amoroso es fundamental en la organización argumental de la novela, pues determina el cambio de posición existencial del personaje principal, que, de un estado de abulia y de desesperanza, se traslada a un punto de satisfacción y de ilusión por la vida, éxtasis que le dura muy poco (cuatro meses); luego, habrá de caer nuevamente en la situación inicial, agravada por la pérdida de su fe (ahora sí definitiva) en esta vida.

Dos mujeres llenan la vida amorosa de Martín Santomé: Isabel y Laura. Isabel fue su primera esposa, con la que tuvo tres hijos. Su vida matrimonial duró cinco años, fue tranquila y contó con los elementos necesarios para sentirse bien:

"Mi matrimonio fue una buena cosa, una alegre temporada." (121)

"Con Isabel era diferente, porque había una especie de comunicación y, cuando hacíamos el amor, parecía que cada duro hueso mío se correspondía con un blando hueso de ella, que cada impulso mío se hallaba matemáticamente con su eco receptor. Tal para cual. Igual que cuando uno se acostumbra a bailar con la misma pareja; después, la réplica corresponde a cada pensamiento. Uno es el que piensa, pero son los dos cuerpos los que hacen la figura." (135)

Cuando muere Isabel, se acaba también el amor, y sólo queda la indiferencia:

"Todo el mecanismo de mis sentimientos quedó detenido hace veinte años, cuando murió Isabel. Primero fue el dolor, después la indiferencia, más tarde libertad, últimamente tedio. Largo, desierto, invariable tedio." (135)

Y se transforma en un indiferente y apático hombre:

"Cuando ella murió, la risa se me cayó de la boca. Anduve casi un año agobiado por tres cosas: el dolor, el trabajo y los hijos. Después volvió el equilibrio, volvió el aplomo, volvió la calma. Pero la risa no volvió." (208)

Martín Santomé durante veinte años de viudez ha llevado una vida vacía, solitaria y carente de amor. Pero el veinte de abril se pregunta:

"¿Estaré reseco? Sentimentalmente, digo." (128)

Laura Avellaneda fue la segunda mujer en la vida del protagonista y el amor decisivo en su existencia. Su apareamiento fue imprevisto y sutil:

"Avellaneda tiene algo que me atrae. Eso es evidente, pero ¿qué es?" (123)

Esa atracción y el conocimiento más cercano lo lleva al enamoramiento. Un mes después escribe y le confiesa su amor:

"Mire. Avellaneda, es muy posible que lo que le voy a decir le parezca una locura. Si es así, me lo dice nomás. Pero no quiero andar con rodeos: creo que estoy enamorado de usted." (147)

La diferencia de edades no es obstáculo para que ella lo acepte. Inician una simple amistad, con toda libertad, y

poco a poco se entrelazan sus vidas hasta lograr la plenitud amorosa:

"Esta tarde hicimos el amor. Lo hemos hecho tantas veces y sin embargo no lo he registrado. Pero hoy fue algo maravilloso. Nunca en mi vida, ni con Isabel ni con nadie me sentí tan cerca de la gloria. A veces pienso que Avellaneda es como horma que se ha instalado en mi pecho y lo está agrandando, lo está poniendo en condiciones adecuadas para sentir cada día más. Lo cierto es que yo ignoraba que tenía reservas de ternura." (231)

Esta anotación hecha el domingo 8 de septiembre (casi tres meses después de iniciado el romance), indica el grado de intensidad que han alcanzado en sus relaciones. Martín Santomé, hombre solitario y rutinario, encuentra un motivo para su existencia. Siente que el pecho se le agranda y que aún posee ternura; el sexo se vuelve inmaculado y su mundo interior se abre, puerta a puerta, para recibirla, para llenarse de ella:

"Creo que en esto sentimos igual. Tenemos imperiosa necesidad de decírnoslo todo. Yo hablo con ella como si hablara conmigo mismo; en realidad, mejor aún que si hablara conmigo mismo. Es como si Avellaneda participara de mi alma, como si estuviera acurrucada en un rincón de mi alma, esperando mi confianza, reclamando mi sinceridad. Ella, por su parte, también me lo dice todo." (230)

El viernes 20 de septiembre, Martín, en contra de todas sus reflexiones sobre la diferencia de edades, decide casarse con Laura. Sin embargo, no logra su propósito. Laura fallece tres días después, por causa de un paro cardíaco ocasionado por una enfermedad pulmonar. La noticia de su muerte llega a Martín de manera inesperada y violenta, y lo hunde en el más espantoso dolor y en el tormento:

"Entonces, cuando estuve en casa, solo en mi cuarto, cuando hasta la pobre Blanca me retiró el consuelo de su silencio, moví los labios para decir: murió. Avellaneda murió, por qué murió es la palabra, murió es el derrumbe de la vida, murió viene de adentro, trae la verdadera respiración del dolor, "murió es la desesperación, la nada frígida y total, el abismo sencillo, el abismo." (242)

Esa muerte aniquila a Santomé. Laura era quien llenaba completamente su vida; era su vida:

"Ella me daba la mano y no hacía falta más. Me alcanzaba para sentir que era bien acogido. Más que besarla, más que acostarnos juntos, más que ninguna otra cosa, ella me daba la mano, y eso era amor." (247)

El amor llegó dos veces a la vida de Martín Santomé. La segunda vez, en el crepúsculo de su vida, fue más fuerte, más intenso, más puro. Lo impulsó a vivir con ánimo y lo

sacó del abismo de soledad en que se encontraba para elevarlo a la cúspide de la felicidad. Pero esa felicidad fue fugaz: apenas duró cuatro meses. Con la muerte de Laura cayó de nuevo en el abismo en que se encontraba, sólo que llegó más abajo para no salir jamás. Ahora, nada le importa:

"En la libreta hay tantas cosas, tantos otros rostros: Vignale, Aníbal, mis hijos, Isabel. Nada de eso me importa, nada de eso existe. Mientras estuvo Avellaneda, comprendí mejor a Isabel misma. Pero ahora ella no está, e Isabel ha desaparecido detrás de un espeso, de un oscuro telón de abatimiento." (247)

Y entonces, la vida de Santomé queda a la deriva; carente de amor, vacía y sin ninguna esperanza.

4. La muerte

La organización argumental de La trequa está determinada por la muerte. Su aparecimiento marca las diversas etapas en la vida de los personajes y da justificación al título de la obra.

El tema de la muerte, tan escabroso como enigmático, es tratado por Mario Benedetti de manera singular, pues la

presenta en momentos inesperados y consigue, de esa manera, que sus efectos sean determinantes. Cuatro veces llega la muerte a la vida de Martín Santomé: muere la madre, el padre, Isabel, y Laura Avellaneda.

La primera muerte es la de Isabel. Ocurrida veinte años atrás:

"En mi historia particular, no se han operado cambios irracionales, virajes insólitos y repentinos. Lo más insólito fue la muerte de Isabel." (119)

La muerte de Isabel, ocurrida durante el parto del menor de sus hijos, había sido hasta ese momento el golpe más duro y el que había provocado un cambio radical en la vida de Martín:

"Cuando ella murió, la risa se me cayó de la boca. Anduve casi un año agobiado por tres cosas: el dolor, el trabajo y los hijos. Después volvió el equilibrio, volvió el aplomo, volvió la calma. Pero la risa no volvió. Bueno, a veces me río, claro, pero por algún motivo especial o porque conscientemente quiero reirme, y esto es muy raro. En cambio aquella risa que era casi un tic, un gesto permanente, ésa no volvió." (209)

A partir de este suceso, Santomé se abisma en la soledad y el tedio. Su vida matrimonial, tranquila y

aceptable, duró apenas cinco años. Posteriormente, enfrenta la responsabilidad de sus hijos en medio del más espantoso aislamiento. Cinco años después muere la madre. Nótese el estado de desagrado e inconformidad de Santomé en ese momento:

"Cuando murió mi madre -hará en agosto quince años- yo estaba hecho una ruina. Sólo me sostenía una fervorosa rabia contra Dios, los parientes, el prójimo. Cada vez que recuerdo el velorio siento asco. Los asistentes se dividían en dos clases: los que empezaban a llorar desde la puerta y después me sacudían entre sus brazos, y los que llegaban tan sólo a cumplir, me daban la mano con empalagosa compunción y a los diez minutos estaban contando chistes verdes." (118)

Esos veinte años (a partir de la muerte de Isabel) fueron vacíos. Su vida transcurrió sin sentido, vacía y carente de afecto. Es entonces cuando aparece Laura Avellaneda y su vida toma un rumbo nuevo. Laura no da solamente juventud a Santomé, también lo hace sentirse de nuevo como un ser humano; le brinda afecto, comprensión y amor. Martín renace: su vida adquiere importancia, y ese vacío en su existencia se llena:

"A veces pienso que Avellaneda es como una horma que se ha instalado en mi pecho y lo está agrandando, lo está poniendo en condiciones adecuadas para sentir cada día más." (230)

Esta anotación hecha del 8 de septiembre define con exactitud el estado de afinidad y comprensión al que había llegado Martín con Laura. Es en este momento cuando el destino le juega una mala pasada a Santomé; la muerte se acerca a su vida por tercera vez, y llega de golpe, brutal, sin el menor aviso. El viernes 17 de enero, Martín Santomé escribió:

"Hace casi cuatro meses que no anoto nada. El 23 de septiembre no tuve valor para escribirlo. El 23 de septiembre, a las tres de la tarde, sonó el teléfono. Rodeado de empleados, formularios, consultas, levanté el tubo. Una voz de hombre dijo: ¿El señor Santomé? Mire, está hablando con un tío de Laura. Una mala noticia señor. Verdaderamente una mala noticia. Laura falleció esta mañana.

En el primer momento no quise entender. Laura no era nadie, no era Avellaneda. Falleció, dijo la voz del tío. La palabra es un asco. Falleció significa un trámite: una mala noticia, señor, había dicho el tío. El, ¿qué sabe? ¿Qué sabe como una mala noticia puede destruir el futuro y el rostro y el tacto y el sueño? ¿Qué sabe eh? Lo único que sabe decir es: Falleció, algo tan insoportablemente fácil como eso." (241)

Laura ha fallecido por causa de una complicación pulmonar que le produjo un paro cardíaco, y junto con ella también ha muerto el futuro de Martín Santomé. El dolor que éste siente es insoportable:

"Entonces cuando estuve en casa, solo en mi cuarto, cuando hasta la pobre Blanca me retiró el consuelo de su silencio, moví los labios para decir: Murió. Avellaneda murió, porque murió es la palabra, murió es el derrumbe de la vida, murió viene de adentro, trae la verdadera respiración del dolor, murió es la desesperación, la nada frígida y total, el abismo sencillo, el abismo."
(241)

La felicidad, la tregua, de Martín Santomé ha terminado. Duró cuatro meses y gracias a la muerte se acabó. Santomé, a partir de ese momento, se hunde en una soledad más profunda. Sólo esperará la cuarta llegada de la muerte, su muerte.

5. La soledad

Toda la novela, desde el principio hasta el final, trasluce esa enorme sensación de soledad que envuelve a los personajes. Mario Benedetti presenta pocos personajes, pero todos padecen determinados conflictos emocionales que los conducen a situaciones de aislamiento familiar y de aislamiento social. Esa condición conflictiva los lleva a la práctica de actos individualistas, que a primera vista, dan la impresión de que se encuentran solos, cuando en realidad no lo están. Ese ambiente de soledad es característico de la novela. Para los fines del autor, el

ambiente de incomunicación es fundamental, pues con ello se consigue que resalte la necesidad de afecto que tienen, algunos personajes. La falta de verdadera comunicación es causa de vacío interior en sus vidas. Veamos algunos ejemplos que confirmen lo aseverado.

a. La oficina de trabajo de Martín Santomé

Está integrada por un número no determinado de personas que trabajan en asuntos de contabilidad. Cada uno de ellos vive aislado de los demás y la relación que todos mantienen se concreta a lo necesario dentro de la oficina. Además, cabe señalar, que ese medio es vivero de envidias, intrigas y que, aunque en algunos empleados se reconozca su capacidad de trabajo, no existe ningún interés en particular en la vida de los otros. Esto crea una atmósfera de aislamiento que se percibe con facilidad.

b. La familia de Martín Santomé

En el hogar de Santomé se produce una situación parecida. Blanca, Esteban y Jaime, en orden de edades, viven aislados del padre y ese aislamiento existe también entre ellos. La ausencia de la madre debería haber creado un ambiente de solidaridad para enfrentar las vicisitudes

que se dan en esas situaciones similares y que les hubiera dado los elementos necesarios para prestarse ayuda y sobrellevar la vida con mayor facilidad. Por el contrario, han crecido aislados y cada uno de ellos ha tomado su propio rumbo y vivido su propia soledad. El padre, culpable en algún grado de esta situación, vive casi incomunicado:

"Debe hacer como un mes que no mantengo con Jaime o con Esteban una conversación que supere los cinco minutos. Entran rezongando, se encierran en sus habitaciones, comen en silencio mientras leen el diario, se van renegando y vuelven a la madrugada." (163)

Esa falta de comunicación o de relación familiar los ha aislado familiarmente:

"Me veo poco con mis hijos. Nuestros horarios no siempre coinciden y menos aún nuestros planes o nuestros intereses. Son correctos conmigo, pero como son tremendamente reservados, su corrección parece siempre el mero cumplimiento de un deber. Será la distancia generacional lo que nos separa, o podría hacer yo algo más para comunicarme con ellos?" (90)

"Hoy cenamos juntos. Probablemente haría unos dos meses que no estábamos todos presentes en una cena familiar." (90)

Como resultado de ese aislamiento, se ha producido en cada uno de ellos un vacío interior o soledad metafísica que

los hace sentirse infelices o tomar caminos muy distintos.

Bianca sufre esa soledad:

"Esta noche conversé con una Bianca casi desconocida para mí. Estábamos solos después de la cena...La vigilé durante unos instantes; luego, le pregunté en qué pensaba. Entonces pareció despertarse, me dirigió una mirada desolada, y sin poderse contener, hundió la cabeza entre las manos, como si no quisiera que nadie profanara su llanto...Entonces empezó a hablar atropelladamente, impulsada por un deseo repentino de franqueza: tengo la horrible sensación de que pasa el tiempo y no hago nada y nada acontece, y nada me conmueve hasta la raíz. Miro a Esteban y miro a Jaime y estoy segura de que ellos también se sienten desgraciados." (94)

Los otros hijos resuelven su conflicto interior de diferente manera: Esteban manifiesta su resentimiento y aislamiento mediante la agresividad contra el padre. Jaime lo hace con sus prácticas sexuales que lo alejan en definitiva del hogar.

c. Los amigos de Santomé

Merecen citarse dos: Aníbal y Mario Vignale. El primero es un solitario que ha sido mujeriego, activo, creador y categórico, a decir de Santomé. Sin embargo, no encontró en su existencia los puntos de apoyo necesarios para salvar los obstáculos que la vida le ha presentado, y se convierte en un solitario:

"Aníbal no es el mismo, siempre tuve la secreta impresión de que él iba a ser siempre joven hasta la eternidad. Pero parece que la eternidad llegó, porque ya no lo encuentro joven. Ha decaído físicamente (está delgado, los huesos se le notan más) pero no es sólo eso. Desde el tono de su voz, que me parece mucho más opaco que el que yo recordaba, hasta el movimiento de sus manos, que han perdido vivacidad; desde su mirada, que en el primer momento me pareció lánguida pero que después me di cuenta que era sólo desencantada, hasta sus temas de conversación, que antes eran chispeantes y ahora son increíblemente grises, todo se sintetiza en una sola comprobación: Aníbal ha perdido el goce por la vida." (136)

Mario Vignale tiene su esposa y cinco hijos; su inconformidad sexual lo conduce a buscar esa satisfacción en mujeres que lo desprecian:

"Lo vi a Vignale en la confitería, muy escondido en una mesita del fondo, con una chiquilla bastante vistosa. Me saludó con un gran ademán, como para confirmarme que se ha lanzado a la aventura en gran escala. Así, desde lejos, la pareja me daba un poco de lástima...En un momento en que Vignale estaba hablando con el mozo la muchacha le lanzó una mirada dura, de desprecio." (230)

d. Martín Santomé

Es en este personaje en quien se manifiesta con mayor énfasis el sentimiento de soledad. Como la novela está narrada en primera persona y Santomé es el narrador que, por medio de sus soliloquios, nos informa de lo que acontece a

su alrededor y de sus propias cavilaciones, podemos medir la intensidad de su aislamiento existencial. Martín es un solitario, en la vida pública, en su hogar y en la oficina. Su vida la siente vacía y carente de atractivo. Su forma de ser lo ha impulsado a un estado abúlico y aislado. La muerte de Isabel lo sumió en un estado de absoluta indiferencia por la vida y sólo la jubilación es su meta, pues piensa que le proporcionará tiempo para dedicarse al ocio. Este ocio se presume improductivo, pues no sabe incluso, en qué podrá ocuparse:

"¿Verdaderamente, preciso tanto el ocio? Yo me digo que no, que no es el ocio lo que preciso, sino el derecho a trabajar en aquello que quiero. ¿Por ejemplo? El jardín, quizá. Es bueno como descanso activo para los domingos, para contrarrestar la vida sedentaria y también como secreta defensa contra mi futura y garantizada artritis. Pero me temo que no podría aguantarlo diariamente. La guitarra, tal creo que me gustaría. Pero debe ser algo desolador empezar a estudiar solfeo a los cuarenta y nueve años. ¿Escribir?..." (81)

Son abundantes las anotaciones que indican la soledad de Santomé:

"Hoy almorcé solo, en el centro." (89)

"A las cuatro de la tarde me sentí pronto insoportablemente vacío." (85)

"Fuí a almorzar al centro, porque los muchachos se fueron por el fin de semana, cada uno por su lado. Comí solo. Ni siquiera me sentí con fuerzas para entablar con el mozo el facilongo y ritual intercambio de opiniones sobre el calor y los turistas." (101)

Esa soledad, tan insistentemente manifiesta en el protagonista, se utiliza para que la presencia de Laura Avellaneda, la segunda y definitiva mujer en la vida de Santomé, sea más importante y determinante. A partir de su apareamiento, Laura consigue llenar la vida de Martín, infundirle ánimos por la vida y una visión existencial más positiva. Durante su permanencia, Santomé deja de ser un solitario e, incluso, llega a sentir la presencia del mundo:

"Sólo ahora me di cuenta de que me he acostumbrado a vivir en calles sin árboles. Y qué irremediablemente frías pueden llegar a ser. Una de las cosas más agradables de la vida: ver cómo se filtra el sol entre las hojas." (126)

Benedetti consigue presentarnos a un Martín diferente en todo este período. Gradualmente su vida se va llenando y nos vamos dando cuenta cabal (recuérdese que Martín nos transfiere sus impresiones) de ese cambio. Lleno de felicidad, siente que ese sentimiento no le cabe en el pecho:

"A veces pienso que Avellaneda es como una horma que se ha instalado en mi pecho y lo está agrandando." (231)

No cabe duda que, al llegar a este momento, no existen ya atisbos de soledad. Martín ha ascendido a la cumbre de la felicidad:

"Es como si Avellaneda participara de mi alma, como si estuviera acurrucada en un rincón de mi alma." (230)

Y cuando se ha alcanzado este goce, ocurre lo inesperado: la muerte de Laura. Desde la cumbre conquistada, Martín cae de golpe a un abismo de soledad más profundo que aquel en que se encontraba antes de conocer a Laura. Benedetti consigue hacer más patético y desolador el ambiente de La tregua, con este procedimiento.

6. Dios

El tema de Dios está íntimamente ligado a Martín Santomé y a La tregua. Dios es el gran Hacedor que concede el carácter trágico a la obra, pues El es quien decide la duración de los días de felicidad de Martín; El le da la tregua en su vida. La idea de Dios es tratada en la obra desde el punto de vista religioso y filosófico. En el

aspecto religioso, se basa en la falta de relación con respecto del hombre e incluye su carácter divino y la dependencia absoluta del ser humano. En el segundo, se ve a Dios como el fundamento de la existencia y ser absoluto.

Estos dos aspectos se reflejan en la actitud de Santomé hacia Dios. Primero tiene la incertidumbre de su existencia y de su intervención en los asuntos domésticos de este mundo. Luego, lo ve como causa de sus males y lo culpa de su desgracia. Sin embargo, en momentos de mucha angustia, acude a él y lo invoca.

Santomé y la incertidumbre por la existencia de Dios

Martín tiene dudas acerca de la existencia de Dios y de su creencia en él:

"Tendría Dios, eso sí, y tendría religión, ¿es que acaso no los tengo? Francamente, no sé si creo en Dios. A veces imagino que, en el caso de que Dios exista, no habría de disgustarle esta duda." (111)

Sin embargo, la duda acerca de la existencia de Dios disminuye, pero aumentan sus creencias y su falta de fe en El:

"En realidad, los elementos que él (o El) mismo nos ha dado (raciocinio, sensibilidad, intuición) no son en absoluto suficientes como para garantizarnos ni su existencia ni su no existencia. Gracias a una corazonada, puedo creer en Dios y acertar, o no creer en Dios y también acertar." (111)

Al aceptar que el raciocinio, la sensibilidad y la intuición son atributos dados por Dios, se confirma que el narrador cree en su existencia. El problema de Martín se desplaza entonces a su creencia en Dios, a su falta de fe en El:

"Son raras las veces que pienso en Dios. Sin embargo, tengo un fondo religioso, un ansia de religión. Quisiera convencerme de qué efectivamente poseo una definición de Dios. Pero no poseo nada semejante. Son raras las veces en que pienso en Dios, sencillamente porque el problema me excede tan sobrada y soberanamente, que llega a provocarme una especie de pánico, una desbandada general de mi lucidez y de mis razones." (219)

Este estado de ánimo de Martín, común en muchos hombres, tiene su origen en la falta de relación entre Dios y el hombre, por causa del carácter divino y su lejanía de la existencia humana. Sin embargo, Martín manifiesta su necesidad y clama por su presencia:

"Yo necesito un Dios con quien dialogar, un Dios en quien pueda buscar amparo, un Dios que me responda cuando lo interrogo, cuando lo

ametrallo con mis dudas. Si Dios es la Totalidad, la Gran Coherencia, si Dios es sólo la energía que mantiene vivo el Universo, si es algo tan inconmesurablemente infinito, ¿qué puede importarle de mí, un átomo malamente encaramado a un insignificamente piojo de su Reino? No me importa que Dios esté a mi alcance, me importa asirlo, no con mis manos, claro, ni siquiera con mi razonamiento. Me importa asirlo con mi corazón." (220)

En este texto Martín Santomé expresa, con toda claridad, su posición filosófico-religiosa. Se manifiesta la inmensidad de la grandeza de Dios, se acepta su existencia, pero se duda de lo que pueda interesarle el mundo y lo que en él habita. La idea de Dios debe estar ligada íntimamente al hombre, a su fe y no a su razón. Por eso Martín ve a Dios como un asidero, un amparo. Y es porque el hombre, ante su incapacidad para explicar muchos fenómenos y su incompetencia para afrontar las circunstancias de la vida, acude a lo divino. A eso se debe que, cuando Laura Avellaneda desaparece algunos días de la vida de Santomé, por causa del resfrío que será el camino de su muerte, Martín invoca desesperadamente a Dios. El lunes 23 de septiembre escribió:

"Dios mío. Dios mío. Dios mío. Dios mío. Dios mío. Dios mío." (240)

Esa súplica desesperada de Santomé explica la necesidad que tiene de Dios. Es un llamado angustioso que ocupa todos sus días y refleja su grado de emotividad ante la incapacidad de explicarse la ausencia de Avellaneda. Es un grito que envuelve el interrogante: "¿Qué hago?". Es el momento supremo de su fe y de la certidumbre de su existencia.

Santomé y su cólera contra Dios

La certidumbre de la existencia de Dios, lleva a Martín Santomé a culparlo de todos sus momentos de dolor y de su desgracia. Dios es el fundamento de la existencia y, por lo tanto, el único ser responsable de todo lo que ocurre en el Universo. Sin embargo, Martín lo culpa de sus desgracias; lo incluye como a un ser terrorífico, celoso de la felicidad humana. Dios es culpable de la muerte de Isabel y por eso su cólera contra él es incendiaria:

"Cuando murió mi madre -hará en agosto quince años- yo estaba hecho ruina. Sólo me sostenía una fervorosa rabia contra Dios, los parientes, el prójimo." (118)

Ante la muerte de Laura Avellaneda, también culpa a Dios de su infelicidad. Cree que logró dialogar con Dios y

que estuvo a punto de convencerlo; que Dios le dio una tregua, pero que al final no pudo convencerlo:

"Por primera vez en mi vida, sentí que podía dialogar con él. Pero en el diálogo Dios tuvo una parte floja, vacilante, como si no estuviera muy seguro de sí. Tal vez yo haya estado a punto de convencerlo. Tuve la sensación, además, de que había un argumento que estaba junto a mí, frente a mí, y que pese a ello, yo no podía reconocer, no podía incorporar a mi alegato. Entonces, pasado este plazo que él me otorgó para que yo le convenciera, pasado ese amago de vacilación y apocamiento, Dios recuperó finalmente sus fuerzas. Dios volvió a ser la todopoderosa Negación de siempre." (244)

Toda esa carga de sufrimiento la lanza contra Dios:

"A veces pienso que si Dios jugara limpio, también me habría dado el argumento que debía usar contra él. Pero no. No puede ser. No quiero un Dios que me mantenga, que no se decida a confiarme la llave para volver, tarde o temprano, como podría hacer uno de esos prósperos padres de la Rambla, podridos en plata, con su hijito pituco e inservible. Eso sí que no. Ahora las relaciones entre Dios y yo se han enfriado. El sabe que soy capaz de convencerlo. Yo sé que él es una lejana soledad, a la que no tuve ni tendré nunca acceso. Así estamos, cada uno en su orilla, sin odiarnos, sin amargarnos, ajenos." (245)

Este pasaje de la obra es la conclusión de la duda de Santomé acerca de la existencia de Dios y la necesidad de creer. Dios existe, pero está lejos del hombre; nada de él le interesa. Dios, concluye de esa manera, es un ser absoluto, lejano e inalcanzable, que traza el destino del

hombre. Y Santomé queda convencido de su destino y de la tregua que Dios le dio en su vida:

"Es evidente que Dios me concedió un destino oscuro. Ni siquiera cruel. Simplemente oscuro. Es evidente que me concedió un tregua. Al principio, me resistí a creer que eso pudiera ser la felicidad. Me resistí con todas mis fuerzas, después me di por vencido y lo creí. Ahora estoy otra vez metido en mi destino. Y es más oscuro que antes, mucho más." (253)

7. Lo social

La tregua es una obra que se sitúa dentro de un marco social y que refleja la cultura uruguaya de una época determinada, en la cual vivió el autor. Se explica porque una novela no es más que la expresión de los problemas y las vivencias de su creador. En La tregua se percibe la vida oficinesca del hombre de clase media que se desenvuelve en un ambiente estático, sin ideales ni valores, y que se enfrenta a situaciones comunes. Se trata de una sociedad sin ánimo para emprender algún cambio bueno, que trata los males generales de nuestra época: el soborno, la burocracia, el compadrazgo político, etc.

Martín Santomé es un personaje tipo, que representativo de la gran mayoría de los hombres que aspiran únicamente a

desligarse de sus responsabilidades de trabajo para dedicarse placentemente al ocio. No realiza ninguna actividad de enriquecimiento cultural: no lee, no hace ningún deporte ni participa de alguna actividad que contribuya a su propio mejoramiento al de su grupo familiar o social. Aparte de su trabajo y de sus aventuras con fines sexuales, la vida de Santomé es estática y completamente vacía, dirigida únicamente a sobrellevar la carga diaria para subsistir. A través de las acciones de este personaje y de sus soliloquios continuos, sabemos de las costumbres de un pueblo latinoamericano las cuales el autor trata de captar y de plasmar.

Aunque la temática de La tregua estriba en estados de índole personal, destacan con mucha claridad los temas sociales que le sirven de marco referencial.

a. La jubilación

Es el tema con el cual se abre la narración y que, por su recurrencia, se constituye en el leitmotiv de la obra. Se presenta al inicio como la aspiración única del personaje central y sirve para cerrar el relato como indicación del único logro conseguido por él. Esto confirma el estatismo indicado con anterioridad, pues para lograr la jubilación,

basta solamente alcanzar la edad estipulada para ello y esperar, pues llegará sin mayor esfuerzo. Ninguna realización más consigue el personaje central, pues no se propone ningún otro objetivo en su vida.

La jubilación sirve muy bien a los fines de la novela: es portadora de una enorme y significativa carga de tiempo, y a la vez, creadora o generadora de conflictos psíquicos en la persona que, al alcanzarla, no está en capacidad emocional de aceptar su retiro de la actividad productiva. El jubilado, en esta situación, sufre una fuerte crisis que se ve aumentada por la desazón que le acarrea su edad. Esto le provoca de apatía, desilusión y angustia.

Martín Santomé vive esa condición y por eso espera con ansia su jubilación:

"Sólo me faltan seis meses y veintiocho días para jubilarme. Debe hacer por lo menos cinco años que llevo este cómputo diario de mi saldo de trabajo."
(81)

A su edad, cuarenta y nueve años, Martín siente que la vida se le acabó y que deberá ocupar su tiempo de jubilado en el ocio improductivo que le preparará para la muerte:

"Cuando me jubile, creo que no escribiré más este diario, porque entonces me pasarán sin duda mucho menos cosas que ahora, y me va a resultar insoportable sentirme tan vacío y además dejar de ello constancia escrita. Cuando me jubile, tal vez lo mejor sea abandonarme al ocio, a una especie de modorra compensatoria, a fin de que los nervios, los músculos, la energía, se relajen de a poco y me acostumbre a bien morir." (87)

Son pasajeras las ilusiones en las que mantiene una leve esperanza de ocupar su tiempo libre en forma beneficiosa:

"Hay momentos en que tengo y mantengo la lujosa esperanza de que el ocio sea algo pleno, rico, la última oportunidad de encontrarme a mí mismo. Y eso sí valdría la pena anotarlo." (87)

La presencia de Laura Avellaneda distrae la atención de Santomé de su jubilación; incluso, sirve para encontrarle significado a la ocupación que dará a su tiempo de jubilado:

"Yo pienso por mi cuenta. Pero aun pensando por mi cuenta, podría desconfiar del ocio, siempre que el ocio fuera una simple variante de la soledad; como podría serlo, en mi futuro de hace unos meses, antes de que apareciese Avellaneda. Pero con ella instalada en mi existencia, ya no habrá soledad." (210)

Sin embargo, a la muerte de Laura, la jubilación recobra la forma inicial de un tiempo vacío en el que no cabe nada:

"Se acabó la oficina. Desde mañana y hasta el día de mi muerte, el tiempo estará a mis órdenes. Después de tanta espera, esto es el ocio, ¿Qué haré con él? (255)

Martín Santomé logra la jubilación sin ningún esfuerzo, seis meses después de lo previsto, exactamente el 28 de febrero del año siguiente al del inicio del relato, y es, al final, el único logro conseguido, y posiblemente el último de su vida.

b. La coima

Esta palabra tiene diferentes acepciones; aquí se refiere a la persona que recibe dinero en forma indebida por efectuar determinadas gestiones. En Guatemala es sinónimo de "mordida". Ambas palabras, "coima" y "mordida" son de uso popular.

La jubilación de Martín Santomé constituye un derecho alcanzado por el trabajador uruguayo. Sin embargo, para que no se atrase y se haga efectiva de manera rápida en su tiempo normal, es necesario comprar la voluntad de algunas personas que tienen en sus manos la decisión de estos asuntos. Benedetti denuncia esta práctica uruguaya, común en muchos pueblos del mundo.

"Dice Esteban que si quiero tener la jubilación para fin de año, la cosa hay que empezar a moverla ahora. Dice que me va a ayudar a moverla, pero que aún así llevará tiempo. Ayudar a moverla quizá signifique untarle la mano a alguien. No me gustaría. Sé que el más indigno es el otro. Pero yo tampoco sería inocente." (126)

"Buena pieza el amigo de Esteban. Me cobra cincuenta por ciento del premio retiro. Pero me asegura que no tendré que trabajar ni un solo día más de lo necesario. La tentación es grande. Bueno, era grande. Porque ya caí. Me rebajó a un cuarenta por ciento y me recomendó que aceptara antes de que se arrepintiera, que con nadie hacía eso, que nunca cobraba menos del cincuenta por ciento, que preguntara por ahí nomás... Ahora también da coima el que quiere conseguir algo lícito, esto quiere decir, relajo total." (157)

c. El compadrazgo político

"Empleo público para Esteban. Es el resultado de su trabajo en el club. No sé si alegrarme con ese nombramiento de jefe. El, que viene de afuera, pasa por encima de todos los que ahora serán sus subordinados. Me imagino que le harán la vida imposible. Y con razón". (108)

Esta práctica de corrupción se introduce en la vida familiar de Santomé. Su hijo Esteban logra un trabajo gracias a su labor política dentro del partido; se mide su actividad en este campo y no su capacidad laboral. Benedetti personifica, en el padre y el hijo, las diferencias de criterio generacionales, de valores morales:

"Hablé largamente con Esteban. Le expuse mis dudas sobre la justicia de su nombramiento. No pretendía

que renunciara; ¡ por Dios, sé que eso ya no se estila. Simplemente me hubiera gustado oírle decir que se sentía incómodo. De ningún modo. No hay caso, viejo, vos seguís viviendo en otra época. Así me dijo. Ahora nadie se ofende si viene un tipo cualquiera y lo pasa en el escalafón. ¿Y sabés por qué nadie se ofende? Porque todos harían lo mismo si la ocasión se pusiera a tiro. Estoy seguro que a mí me van a ver con bronca, si no con envidia." (110)

d. La situación de la juventud uruguaya

"Los rebeldes han pasado a ser semi-rebeldes, los semi-rebeldes a resigandos. Yo creo, que en este luminoso Montevideo, los dos gremios que han progresado más en estos últimos tiempos son los maricas y los resignados. No se puede hacer nada, dice la gente." (137)

"Durante varios lustros hemos sido serenos, objetivos; pero la objetividad es inofensiva, no sirve para cambiar el mundo, ni siquiera para cambiar un país de bolsillo como éste. Hace falta pasión, y pasión gritada, o pensada a los gritos o escrita a los gritos. Hay que gritarle a la gente que su aparente sordera es una especie de autodefensa, de cobarde y malsana autodefensa. Hay que lograr que se despierte en los demás la vergüenza de sí mismos, que se sustituya en ellos la autodefensa por el autoasco. El día que el uruguayo sienta asco por su propia pasividad, ese día se convertirá en algo útil." (236)

Estos pasajes citados reflejan muy bien el punto de vista ideológico del autor respecto de la vida uruguaya. Recuérdese que Benedetti vivió mucho tiempo en el exilio y lógicamente no puede rehuir esta crítica social

del país al que llamó "país de la cola de paja" en el ensayo del mismo nombre (1960:17)

e. Costumbres

"Yo conozco el Montevideo de los hombres a horario, los que entran a las ocho y media y salen a las doce, los que regresan a las dos y media y se van definitivamente a las siete. Con esos rostros crispados y sudorosos, con esos pasos urgentes y tropezados...Pero está la otra ciudad, la de las frescas pitucas que salen a media tarde recién bañaditas, perfumadas, despreciativas, optimistas, chistosas; la de los hijos de mamá que se despiertan al medio día y a las seis de la tarde llevan aún impecable el blanco cuello de tricolina importada..." (87)

D. Los personajes

1. Martín Santomé

Es el protagonista de la obra y el que narra en tono íntimo todo el desarrollo.

El lector entra en contacto con Martín Santomé durante un año, tiempo cronológico en que transcurren los hechos narrados. A través de sus reflexiones nos enteramos de su vida anterior y de sus posibilidades o pretensiones futuras.

Santomé se ve tocado por el amor, la soledad y la muerte. La muerte aparece tres veces en su vida; acaba con

tres mujeres cercanas a él: la madre, Isabel y Laura. Como consecuencia, la soledad estará presente. El amor llega a su vida con Isabel (vive cinco años) y con Laura (cuatro meses). Esa transitoria presencia del amor en su vida frente a los largos periodos de soledad son los rasgos caracterizadores de su personalidad: la rutina y el fatalismo.

a. La rutina

Santomé trabaja desde veinticinco años atrás en una oficina de contabilidad y su máxima esperanza es alcanzar la jubilación para dedicarse al ocio. Su trabajo es mecánico y repetitivo; la eficiencia se consigue con el aprendizaje y la aplicación de los sistemas contables y de los registros que se llevan a diario. No hay cambios ni sucesos extraordinarios que alteren el proceso cronológico del trabajo. Esto le garantiza cierta estabilidad emocional en el ejercicio de su profesión y lo aleja de lo inesperado:

"En mi trabajo, lo insoponible no es la rutina; es el problema nuevo, el pedido sorpresivo de ese Directorio fantasmal, la urgencia que se esconde detrás de actas, disposiciones y aguinaldos, la urgencia con que se reclama un informe o un estado

analítico o una previsión de recursos. Entonces sí, como se trata de algo más que rutina, mis dos mitades deben trabajar por lo mismo, ya no puedo pensar en lo que quiero, y la fatiga se me instala en la espalda y en la nuca, como un parche... Hoy fue un día feliz; sólo rutina." (83)

Dentro de su hogar, Santomé también ha convertido su vida en una rutina. Mantiene escasa relación con sus hijos (a excepción de Blanca con la que se comunica un poco más) y su papel ha sido el de satisfacer las necesidades de la casa. A esta situación habría que agregar dos hechos más: la muerte de Isabel, que le restó fe en la vida, y su edad, que le limita las perspectivas futuras.

En este último hecho es conveniente insistir. Cada edad tiene sus propias dificultades y su crisis natural. Santomé padece la angustia de sus cincuenta años, en la que al ver hacia el pasado, obligadamente tiene que hacer un balance de lo realizado y de lo no alcanzado. El resultado de ese balance (recuérdese que él es contador) arroja un saldo desfavorable para Martín, pues los posibles años de vigor que le quedan no parecen ser suficientes para reponer el tiempo perdido. Pero lo grave no es no haber alcanzado los propósitos expuestos, sino no haberlos logrado sabiéndose capaz de alcanzarlos:

"Yo mismo he fabricado mi rutina, por la vía más simple: la acumulación. La seguridad de saberme capaz para algo, me puso en las manos la postergación, que al fin de cuentas es un arma terrible y suicida. De ahí que mi rutina no haya tenido un carácter provisorio nunca ni definición; siempre ha constituido un rumbo precario a seguir nada más mientras que duraba la postergación, nada más que para aguantar el deber de la jornada durante ese período de preparación que al parecer yo consideraba imprescindible." (122)

"Porque si ahora mismo me decidiera a asegurarme, en una especie de tardío juramento: Voy a ser exactamente lo que quise ser, resultaría que todo sería inútil. Primero porque me siento con escasas fuerzas como para jugarlas a un cambio de vida, y luego, porque ¿qué validez tiene ahora para mí aquello que quise ser?" (122)

b. El pesimismo

El carácter pesimista define muy bien a Martín Santomé y sirve para situarlo, de manera adecuada, en el esquema general de la obra. Ese rasgo de su personalidad es el resultado de una serie de factores que han sido determinantes para el transcurso de su existencia y que pueden esquematizarse así:

b.1 Período anterior a su matrimonio con Isabel

La única información existente es la que ofrece el texto escrito el 2 de mayo y que se refiere a su sueño con los encapuchados; fuera de ello, no sabemos absolutamente nada más sobre Santomé.

que renunciara; por Dios, sé que eso ya no está. Simplemente me hubiera gustado oírle decir que se sentía incómodo. De ningún modo. No hay caso, viejo, vos seguís viviendo en otra época. Así me dijo. Ahora nadie se ofende si viene un tipo cualquiera y lo pasa en el escalafón. Y sabés por qué nadie se ofende? Porque todos harían lo mismo si la ocasión se pusiera a tiro. Estoy seguro que a mí me van a ver con bronca si no con envidia." (110)

d) La situación de la juventud uruguaya

"Los rebeldes han pasado a ser semi-rebeldes, los semi-rebeldes a resignados. Yo creo, que en este luminoso Montevideo, los dos gremios que han progresado más en estos últimos tiempos son los maricas y los resignados. No se puede hacer nada, dice la gente." (137)

"Durante varios lustros hemos sido serenos, objetivos; pero o la objetividad es inofensiva, no sirve para cambiar el mundo, ni siquiera para cambiar un país de bolsillo como éste. Hace falta pasión, y pasión gritada, o pensada a los gritos o escrita a los gritos. Hay que gritarle a la gente que su aparente sordera es una especie de autodefensa, de cobarde y malsana autodefensa. Hay que lograr que se despierte en los demás la vergüenza de sí mismos, que se sustituya en ellos la autodefensa por el autoasco. El día que el uruguayo sienta asco por su propia pasividad, ese día se convertirá en algo útil." (236)

Estos pasajes citados reflejan muy bien el punto de vista del autor respecto de la situación uruguaya. Recuérdese que Benedetti vivió mucho tiempo en el exilio y lógicamente no puede escapar de hacer esta crítica social

b.2 Período matrimonial con Isabel

Aunque breve (cinco años), fue una etapa tranquila y "una buena cosa, una alegre temporada para Santomé", al punto de que la risa constituía una peculiaridad de su expresión. El amor entre ellos existía y la necesidad de la presencia mutua se hacía evidente. Cabe agregar que la belleza física de Isabel y la satisfacción sexual de ambos eran factores provechosos para su relación.

b.3 Etapa posterior a la muerte de Isabel

La risa de Martín desapareció, terminaron sus distracciones; se refugió en la soledad y sus momentos de satisfacción fueron tan escasos que, en sus furtivos amoríos ocasionales, fue acusado de "hacer el amor con cara de empleado" (139)

b.4 Presencia de Laura Avellaneda

Es la fase del resurgimiento de Martín. En este período renacen sus esperanzas por la existencia y el gusto de vivir; sin embargo, el pesimismo se ha acentuado con todos sus detalles.

Al observar con detenimiento lo anterior, se puede deducir que su tendencia pesimista ha sido determinada por dos aspectos: la frustración y la fatalidad.

c. La frustración

Martín Santomé sobrelleva una enorme frustración que no ha podido superar: la muerte de Isabel. Esta situación, como él lo expresa, lo aniquiló totalmente. Influyó en ello, posiblemente, su apatía y abulia. Posteriormente debió enfrentar la crianza y cuidado de sus tres hijos, responsabilidad asumida parcialmente, pues se concretó a satisfacer las necesidades económicas y descuidó los aspectos de formación y de integración familiar, hecho que le produjo otra forma de frustración:

"Yo tendría que sentirme orgulloso de haber quedado viudo con tres hijos y haber salido adelante. Pero no me siento orgulloso, sino cansado. El orgullo es para cuando se tiene veinte o treinta años. Salir adelante con mis hijos era una obligación, el único escape para que la soledad no se encarara conmigo y me dedicara la mirada inexorable que se reserva a los padres desalmados. No había otra solución y salí adelante. Pero todo fue siempre demasiado obligatorio como para que pudiera sentirme feliz."
(85)

De sus hijos, solamente Blanca, la mayor, es la que permanece unida a él. Ella trata de comprenderlo y lo acompaña en los momentos desagradables (la visita de Mario Vignale), en las situaciones de felicidad (su fugaz relación con Avellaneda) y en los momentos de desdicha (la muerte de

Laura). Esteban, el segundo, mantiene una cólera constante contra él. Es el más agresivo y con el que tiene choques fuertes que los han alejado bastante:

"...en Esteban noto además una especie de discreta animadversión, una variante de odio que él ni siquiera se atreve a confesarse a sí mismo. No sé qué fue primero, si su rechazo o el mío, pero lo cierto es que yo tampoco lo quiero como a los otros, siempre me sentí lejos de este hijo que nunca para en casa, que me dirige la palabra como por obligación, y que hace que todos nos sintamos como extraños en su familia, la que se compone de él y sólo de él." (141)

Aparte de la situación con sus hijos, Martín se siente frustrado en su realización personal, pues no pudo hacer lo que podía haber hecho:

"Hoy me siento vulgar y, en algún aspecto, indefenso. Soportaría mejor mi estilo de vida si no tuviera conciencia de que (sólo mentalmente, claro) estoy por encima de esa vulgaridad. Saber que tengo, o tuve, en mí mismo elementos suficientes como para encararme a otra posibilidad, saber que soy superior, no demasiado, a mi agotada profesión, a mis pocas diversiones, a mi ritmo de diálogo; saber todo eso no me ayuda por cierto a mi tranquilidad, más bien, me hace más frustrado, más inepto para sobreponerme a las circunstancias." (122)

Esta posición de inconformidad o frustración personal corresponde psicológicamente a la edad de Santomé, en la cual se hace un análisis retrospectivo de los años

vividos y se busca establecer un resultado. Lo expresado por Martín indica que el resultado del balance no le fue favorable. Sin embargo, es un poco tarde para retomar el rumbo y él no puede o no quiere hacerlo.

Más adelante adviene su frustración final. La presencia de una mujer joven lo revitaliza y lo vuelve a la vida. No le importa verse en el espejo y sentirse "ese tipo arrugado, de ojos de fatiga, que nunca llegó ni llegará a nada". Avellaneda lo llena todo y le hace olvidar sus fracasos:

"Lo más trágico no es ser mediocre pero inconsciente de esa mediocridad; lo más trágico es ser mediocre y saber que se es así y no conformarse con ese destino que por otra parte (eso es lo peor) es de estricta justicia. Entonces, cuando estaba mirándome al espejo, apareció sobre mi hombro la cabeza de Avellaneda. El tipo arrugado, que nunca llegó ni llegará a nada, se le encendieron los ojos, y por dos horas y media se olvidó de que había cumplido cincuenta años." (237)

Muere Laura Avellaneda y Martín se frustra de nuevo. Esta será su frustración definitiva.

d. El fatalismo

Este elemento es determinante en la formación del carácter pesimista de Martín Santomé. Entendemos por fatalismo la "doctrina según la cual todo sucede por las determinaciones ineludibles del hado o del destino. La idea de la fatalidad no es de mención continua en la novela; sin embargo, se encuentra expuesta aquí y allí durante todo su desarrollo. El fatalismo está unido a la palabra muerte, y muerte es Isabel:

"La verdad es que no me decido a pensar en algo permanente, del tipo hasta que la muerte nos separe (escribí muerte y ya apareció Isabel..." (138)

Detenerse en este texto es valioso, pues ofrece información sobre el fatalismo en Santomé. Si al escribir "muerte" aparece Isabel, significa que, durante veinte años, el recuerdo de Isabel ha estado ligado a la muerte, y la muerte es ineluctable, no se puede detener ni determinar. La muerte es enigmática e inevitablemente tiene que llegar; procede de un lugar también indeterminado y misterioso:

"Porque aun en el caso de que yo me casara con Avellaneda, aun en el caso de que yo nunca hubiera sido el marido de Isabel, esta altísima, potente, decisiva matrona de setenta años, habría sido siempre y hasta siempre mi Suegra Universal, inevitable, destinada, mi Suegra que procede directamente de ese Dios de terror que ojalá no exista, aunque más no sea que para recordarme que el mundo es eso, que el mundo también se detiene a veces a contemplarnos, con una mirada que también puede llegar a ser diagnóstico y desahucio." (238)

Ese sentido de fatalidad Santomé lo refiere al destino:

"Pobre Isabel. Creía que sacando el solitario, ya había convencido al destino, y únicamente lo había provocado." (208)

Es decir, había estimulado al destino para que reaccionara. ¿De qué manera? Ocasionando la muerte de Isabel. Santomé recurre también a supersticiones para conquistar o convencer a ese hado misterioso:

"Cuando llegué me recibió alegremente, sin inhibiciones, otra vez con un beso. Comimos. Hablamos. Reímos. Hicimos el amor. Todo estuvo bien, que no vale la pena escribirlo. Estoy rezando: Que dure, y para presionar a Dios voy a tocar madera sin patas." (176)

Y cuando se produce la muerte de Laura Avellaneda, Martín acaba por confirmar su fatalismo:

"Alguien había venido y había decretado: Despójelo a ese tipo de cuatro quintas partes de su ser. Y me había despojado." (243)

No resulta extraño este fatalismo de Martín Santomé, pues coincide con los otros elementos que lo conforman y que lo ajustan a su carácter trágico de personaje dentro de una novela igualmente trágica.

2. La mujer en el contexto de La Tregua

Es de vital importancia la presencia femenina en el desarrollo general de la obra y en la incidencia que tiene sobre el personaje principal. Santomé no simpatiza con el sexo femenino y sus alusiones son despectivas:

"Así que ahora soy todo un jefe; tengo nada menos que seis empleados a mis órdenes. Por primera vez, una mujer. Siempre les tuve desconfianza para los números. Además, otro inconveniente: durante los días del período menstrual y hasta en sus vísperas, si son normalmente despiertas, se vuelven un poco tontas; si normalmente son un poco tontas, se vuelven imbéciles." (92)

Esta animadversión hacia las mujeres contrasta con el papel decisivo que desempeñan ellas en su vida.

Isabel, Laura Avellaneda y Blanca se convierten en los pilares que sostienen la vida de Martín Santomé. Laura Avellaneda e Isabel son los amores de su existencia; Blanca, su hija mayor, representa el amor filial.

Isabel y Laura Avellaneda no tienen la tendencia pesimista de Martín; al contrario, son alegres y llenas de optimismo. Isabel tenía confianza en la vida, aunque era "caótica", como lo narra en su anotación del domingo 4 de

agosto. Lo más destacado en su relación con ella fue su belleza y la satisfacción sexual que le producía. La presencia de Isabel lo llenó de vida y de optimismo; su ausencia lo dejó hundido en el dolor y en la indiferencia. Durante ese periodo (20 años) su relación con las mujeres fue de "picoteo", de "amueblada" en "amueblada", en donde el único fin fue el placer sexual, y no el calor humano. Laura Avellaneda es una mujer joven, segura de sí misma, sin nubarrones en su vida y con un concepto muy claro de la ella. Laura acepta la relación con Santomé y afronta las consecuencias. En cada momento demuestra más seguridad en sus actos que el propio Martín. Y se entrega a él sin sentimientos de culpa, sin compromisos y sin obligaciones.

El efecto que Laura produce en la vida de Santomé es tan fuerte que, a más de modificar su vida interior, lo hace cambiar en cuanto a su concepción sobre el amor. A partir del 28 de junio se observa la evolución amorosa de Martín, quien transita de un estado erótico al estado tierno y completamente amoroso, en donde las sensaciones espirituales exceden a lo puramente físico. Surge la comparación de Isabel con Laura:

"Isabel no era delgada, sus senos tenían volumen, y por eso caían un poco. Su ombligo era hundido, grande, oscuro, de márgenes gruesos. Sus caderas eran lo mejor, lo que más me atraía; tengo una

memoria táctil de su cadera...Avellaneda es flaca, su busto me inspira un poquito de piedad, sus hombros están llenos de pecas, su ombligo es infantil y pequeño, sus caderas también son lo mejor (¿o será que las caderas siempre me conmueven?) Sus piernas son delgadas pero están bien hechitas. Sin embargo, aquel cuerpo me atrajo y éste me atrae. Isabel tenía en su desnudez una fuerza inspiradora, yo la contemplaba e inmediatamente todo mi ser era sexo... Avellaneda tiene en su desnudez una modestia sincera, simpática e inerte, un desamparo que es conmovedor...Tener en mis brazos la concreta delgadez de Avellaneda significa abrazar además de su sonrisa, su mirada, su modo de decir, el repertorio de su ternura..." (190)

Blanca, la otra mujer, la hija mayor de Martín, cumple un papel diferente. Es el consuelo del padre en los momentos de dolor y de sufrimiento. Blanca fue la única que se mantuvo ligada al padre y que en todo momento trató de comprenderlo ante la ausencia de la madre. Y Blanca fue la confidente de Santomé ante la llegada de Laura.

Por eso, cuando Laura muere y Martín Santomé se derrumba, acude nuevamente al consuelo de su hija que llorará la tristeza de su padre.

Conviene destacar esta situación para comprender el papel que la mujer desempeña en la obra; por una parte, es el motivo del hundimiento moral del personaje central, pero,

a la vez, constituye su salvación, el único asidero que lo mantendrá a salvo por el resto de su existencia.

3. Los hijos de Santomé

Santomé tiene tres hijos: Esteban, Blanca y Jaime, en orden de edades. Isabel, la madre, murió de Eclamcia (2) precisamente en el parto de Jaime. Blanca y Esteban eran aún pequeños. Sería de suponer, que por esa causa, la relación entre ellos debiera ser aceptable. Sin embargo, la relación de Santomé con sus hijos presenta algunas características que son determinantes en la estructura argumental de la obra y que definen la posición existencial de Martín. Analizaré la relación de Esteban y Blanca con el padre, desligada de la relación de Santomé con Jaime, pues, en el caso del hijo pequeño, se dan ciertos hechos que interesa verlos por separado.

(2) ECLAMCIA: es el derrumbamiento de la función metabólica durante el embarazo.

a. Santomé, Esteban y Blanca

Con ambos hijos existe una incomunicación total. Esa actitud de no compartir ni siquiera las más superficiales ideas, los ha llevado a un aislamiento espiritual casi absoluto, el cual ha surgido gradualmente. Santomé está consciente de esa situación y reflexiona acerca de ella:

"Son correctos conmigo, pero como son además, tremendamente reservados, su corrección parece siempre el mero cumplimiento de un deber...Será la simple distancia generacional lo que nos separa, o podría hacer yo algo más para comunicarme con ellos? (90)

El padre reconoce esta situación:

"Me veo poco con mis hijos. Nuestros horarios no siempre coinciden y menos aún nuestros planes o nuestros propios intereses." (90)

Significa, entonces, que cada quien toma el rumbo que quiere, y el padre no se esfuerza para corregir esta situación y lograr la armonía del hogar. Veamos algunos otros textos que confirman lo anterior. El lunes 25 de febrero, Santomé dice:

"Hoy cenamos juntos. Probablemente haría unos dos meses que no estábamos todos presentes en una cena familiar. Pregunté en tono de broma qué acontecimiento festejábamos, pero no hubo eco." (90)

Esa ausencia de respuesta puede ser producida por tres hechos:

- a. Falta absoluta de interés.
- b. Agresividad pasiva.
- c. El hábito de la incomunicación.

En el núcleo familiar de Santomé se dan esos tres factores. Hay veces en que Esteban se muestra agresivo y responde duramente al padre:

"Nada que te importe" (90)

Otras veces es satírico e hiriente:

"¿Cuándo crecerás?" (99)

En ambos casos la agresividad guardada es notoria. Se dan hechos en los que el hijo aprovecha para burlarse de la época en que vive el padre y que nos reafirma en la idea de las dificultades que ocasiona la distancia generacional:

"No hay caso viejo, vos seguis viviendo otra época."

Hay otros momentos importantes en que destacan estos hechos. El primero es la afirmación de Santomé acerca de que sus hijos son correctos y reservados, y luego, que esa corrección los lleva a realizar actos que dan la apariencia de una simple fórmula de cortesía.

Jean Piaget (1969:49) señala la importancia que tiene la constante comunicación entre padres e hijos durante el período adolescente, pues es ésta la época de mayor confusión emocional y afectiva del muchacho. Santomé se mantuvo alejado de ellos en este período de su desarrollo y ahora empieza a sufrir las consecuencias del distanciamiento.

Santomé se da cuenta de la agresividad de Esteban:

"Esteban es el más huraño. Todavía no sé a quién dirige su resentimiento, pero lo cierto es que parece un resentido." (84)

Esta observación del padre es bastante dura. Esteban no es ningún resentido y, a medida que se analiza su postura, se confirma esta circunstancia. El resentimiento es un estado anímico "en el cual el sujeto siente una sed sin esperanza de venganza... En tales condiciones nada puede hacerse para devolverle la paz desde fuera, puesto que su rabia crece y se magnifica por autoinducción. La única salvación sería borrar el pasado u olvidarse de sí mismo, más una y otra condiciones son prácticamente imposibles de logro...", según Mira y López (1969:169).

De acuerdo con esta definición, Esteban no padece de ningún resentimiento. Lo que ocurre entre él y el padre es un estado de completa incomunicación. Santomé, y es lo que interesa demostrar, vive aislado de sus hijos, en su propio mundo, y no se esfuerza por encontrar un punto que los vincule.

Esta suposición inicial queda demostrada más adelante. Esteban se enferma y Santomé debe ir a visitarlo al hospital. El comentario que hace no puede ser más elocuente:

"Yo no sabía de qué hablar. Nunca sé de qué hablar con Esteban. Cualquiera que sea el tema que toquemos, es fatal pues terminamos discutiendo."
(173)

Eso significa que no existe nada que los una. Y esta ausencia de contacto produce incomprensión, lo que en un momento dado se transforma en agresividad. Eso es lo que ha ocurrido entre ambos.

Sin embargo, ahora que el hijo está en el hospital, por necesidad deben verse y hablarse. Y poco a poco se entabla entre padre e hijo una conversación sencilla que rompe la barrera que los separaba. Después de la primera

conversación sostenida (y que fue forzada por la situación), Santomé se muestra, por primera vez, optimista:

"Cuando me fui le palpé la rodilla abultada bajo la frazada. Y me dedicó una sonrisa. Dios Mío, me pareció la cara de un extraño. ¿Será posible? Por otra parte, un extraño lleno de simpatía. Y es mi hijo. Qué bien." (175)

Empiezan a conocerse, a tratarse; han vivido como dos extraños, cada uno viviendo por aparte, aunque en el mismo sitio, bajo el mismo techo. Era necesario despojarse de la envoltura que cubría al verdadero ser. Ambos han sido sinceros y no han estado a la defensiva, cuidándose. Pero para que ello ocurriera, debió darse el momento oportuno. Y lo que no ocurrió en su momento, se da ahora:

"Esteban ya se levanta. Su enfermedad nos ha dejado un buen saldo, tanto a él como a mí... Hemos tenido dos o tres conversaciones francas, verdaderamente saludables. Incluso hablamos alguna vez de generalidades, pero con naturalidad, sin que el mutuo fastidio dictara las respuestas." (187)

A partir de ese momento, en que se rompió el hielo entre padre e hijo, se termina la agresividad. En el futuro, en las conversaciones que tengan habrá comprensión de parte de ambos. Esto ocurre el 8 de julio.

Con Blanca, el distanciamiento es igual. La diferencia está en que ella no es agresiva y es menos orgullosa que sus hermanos. A esto hay que agregar su necesidad paterna, pues por su condición de mujer, ha estado más ligada al hogar y no ha hecho su vida fuera de casa como los otros. Esa es la causa por la que Blanca se despoja rápidamente de su máscara de indiferencia. No duda en ser sincera y transparente. El padre lo reconoce:

"Esta noche conversé con una Blanca desconocida para mí. Estábamos solos después de la cena... le pregunté en qué pensaba. Me dirigió una mirada desolada y sin poderse contener, hundió la cabeza entre sus manos como si no quisiera que profanase su llanto...en ese momento parecía una chiquilla, momentáneamente infeliz porque se le hubiera roto una muñeca o porque no la llevaban al zoológico... Le pregunté si se sentía desgraciada y me contestó que sí." (93)

La situación de Blanca es la misma de Esteban; hay ausencia total de la madre y alejamiento del padre. Sin embargo, Blanca elimina esta distancia y clama por el apoyo paterno:

"Tengo la horrible sensación de que pasa el tiempo y no hago nada...Miro a Esteban y a Jaime y estoy segura de que ellos también se sienten desgraciados. Me siento con gran disponibilidad de energía y no sé en que emplearla...creo que vos te resignaste a ser opaco y eso me parece horrible, porque yo sé que no sos opaco. Por lo menos no lo eras...Entonces sonrió, dijo que yo era bueno y me echó los brazos al cuello, como antes. Es una chiquilla todavía." (94)

Blanca, gracias a esa confesión, se ha acercado al padre. Ha eliminado todas sus posiciones defensivas y se muestra sincera. Será después de este momento cuando las relaciones padre-hija se harán más íntimas, más confidenciales. La incomunicación entre ellos desaparece y, a medida que transcurre el tiempo, los dos se comprenderán mejor y tratarán de ayudarse. Pero eso será algún tiempo después.

Santomé y Jaime

La relación Santomé y Jaime presenta algunas características singulares, que son útiles para alcanzar el objetivo de este trabajo. Jaime tiene 19 años y su nacimiento provocó la muerte de su madre. Durante ese tiempo, ha vivido con sus hermanos y su padre, en el ambiente que ya se ha descrito. En el hogar de Martín Santomé cada quien hace su vida y se olvida de los demás. Esa ausencia de calor familiar llevó a Jaime a buscar en otros lugares lo que no tenía en el hogar. Sus amigos llenan su vida. El tiene fuertes inclinaciones homosexuales, a tal grado, que todos se dan cuenta de ello, menos el padre. Santomé no ha dado o no quiere darse cuenta de la conducta de Jaime.

Interesa analizar el homosexualismo de Jaime, pues sirve para comprobar la firmeza de los valores de Santomé y, además, porque es un elemento determinante en su frustración.

Es indudable que la familia influyó en el homosexualismo del hijo de Santomé. En su Teoría psicoanalítica de la neurosis, O. Fenichel (1978:58) afirma que "la probabilidad de orientación homosexual es tanto mayor cuanto más se identifique un niño con su madre. Esta situación se produce especialmente cuando la figura de la madre es más brillante que la del padre, o cuando el padre está ausente del cuadro familiar, o cuando la figura del padre, si bien presente, resulta repulsiva por algún motivo grave." Jaime no conoció a su madre pues ella falleció cuando él nació. Lo común en estos casos es que el sobreviviente sienta después fuertes sentimientos de culpa que, si no se superan, afectan la personalidad del individuo. Mucho de esto ocurrió con Jaime. Además, él idealizó la figura materna y se identificó plenamente con ella. Blanca, su hermana mayor, no sustituyó a la madre; Jaime siempre se sintió infeliz. Hay en la obra una parte que explica esta situación:

"Recuerdo una vez que los chicos iban al colegio, en la clase de Jaime pusieron un deber, una de esas composiciones recurrentes sobre el clásico tema de la madre. Jaime tenía 9 años y volvió a casa sintiéndose tremendamente desgraciado." (201-202)

Esa desgracia que sintió Jaime es común en un niño que ha perdido a la madre. Pero en este caso es un hecho que tiene efecto sólo en el campo social, el cual se produce porque el niño se siente inferior ante el resto de compañeros. En ningún momento, Jaime superó esa frustración. El padre debió sentirse muy mal también, pues no estaba en sus manos aliviar la pena de su hijo. Sin embargo, trató de hacerlo razonar:

"Yo traté de hacerle entender que eso le iba a pasar muchas veces, que él había perdido a su madre y que debía conformarse...que esa ausencia no lo ponía en inferioridad de condiciones frente a los otros...Lo cierto es que dejó de llorar...y, con una firmeza de predestinados, pronunció estas palabras: "Vos vas a ser mi madre, y si no, te mato." (202)

Este texto es útil para entender la posición de Santomé y de Jaime. El niño ha perdido a la madre y, ante las palabras del padre, acepta su ausencia, pero la sustituye por Santomé y le exige que llene el vacío dejado. La advertencia fue severa: "Te mato". El padre no llenó el

lugar de la madre y el hijo mató la figura paterna. Su modelo entonces fue la madre.

Santomé no quiso darse cuenta de las actitudes del hijo; si se enteró, fue porque Blanca se lo dijo:

"¿Qué pasa con Jaime?, le pregunté...Diego dice que Jaime es un marica...Me golpeó dos veces la palabra; porque iba dirigida a mi hijo. ¿Y se puede saber con qué motivo tu dichoso Diego se permite insultar? Blanca sonrió con amargura. Eso es lo peor; que no es un insulto." (192)

En ese momento la verdad ha sido descubierta. Santomé intenta no dar crédito a lo que escucha y lo toma como una mentira. Pero la verdad resuena en sus incrédulos oídos:

"Justamente, dijo, es el propio Jaime quien lo dice:" (192)

El desmoronamiento del padre no pudo ser más dramático. En un medio típicamente influido por ideas y valores masculinos, el homosexualismo no es aceptado. El sociólogo J.L. Simons en su libro Desviaciones (1983:149), establece que "Los homosexuales son objeto de un rechazo considerablemente mayor por parte de la gente, que los alcohólicos, jugadores compulsivos, ex presidiarios y ex enfermos mentales." Santomé es un hombre latinoamericano y

participa de ese mismo criterio; por esa causa, la noticia ha sido fulminante:

"Hasta ese momento no había pensado que mis ojos se pudieran abrir tanto. Me dolían las sienes... Entonces me entró el desánimo, un desánimo horrible, sin esperanza. Se trataba de Jaime, mi hijo, el que heredó la frente y la boca de Isabel." (192)

Ese desánimo del que habla Martín Santomé se suma a los otros que ya traía y que lo hunden más en su pesimismo. Porque ahora vendrán los sentimientos de culpa, las acusaciones; los momentos amargos de insistir en la pregunta "¿Qué he hecho yo?":

"Hasta dónde llegaba mi culpa y dónde empezaba la de él? Es cierto que yo no los atendí como debía, que no pude suplir totalmente a la madre. Ah, yo no tengo vocación de madre. Ni siquiera estoy seguro de mi vocación de padre. Pero esto, ¿qué tiene que ver con que él haya terminado así?..." (193)

El conflicto que se le presenta a Santomé es irreversible. Jaime es homosexual y no hay forma de cambiarlo. En este momento de nada sirven las recriminaciones. El mundo de Martín se ha vuelto más estrecho y amenaza con asfixiarlo.

Conviene recapacitar acerca de la actitud del padre, ante la noticia del homosexualismo del hijo, para verificar la solidez de los valores existentes en Martín Santomé y determinar hasta qué grado le afecta esta situación.

Para Santomé, la conducta del hijo, a más de afectarle socialmente, le desmorona su imagen de padre y lo empuja a una crisis moral de mayores dimensiones de la que ya tenía:

"Mi hijo es un marica". Un marica...Hubiera preferido que saliera ladrón, morfinómano, imbécil. Quisiera sentir lástima hacia él, pero no puedo." (292)

O sea que, para Martín, el homosexualismo está en un nivel inferior a cualquiera de los males sociales: ladrón, morfinómano, e incluso, hubiera sido mejor para él, que Jaime fuera imbécil. ¿Pero y Jaime?

Creció en un mundo donde los valores fueron escasos, en donde la inestabilidad fue permanente. Para Jaime, el homosexualismo fue la actitud con la que enfrentó al mundo que le era hostil. Por eso, escribe al padre confirmándole su posición:

"Me vas a predicar moral y hay dos razones por las que no puedo aceptar tu crédito. La primera, que

yo no tengo nada que reprocharme. La segunda, que vos también tenés tu vida clandestina... Pero allá vos con tu puritanismo unilateral." (194)

Para Jaime, su homosexualismo no es vergonzoso. El vivirá de acuerdo con sus valores. Para Santomé es el hundimiento final de su imagen paterna.

E. El lenguaje de La tregua

Todos los personajes que aparecen en la novela pertenecen a la clase media uruguaya (específicamente Montevideo) y reflejan sus costumbres y la época que viven. Ellos, al participar de un conglomerado social determinado, utilizan formas de expresión que corresponden a su sistema de comunicación, lo que permite al lector adentrarse en sus problemas, ideas y sentimientos.

El lenguaje utilizado por Mario Benedetti en La tregua, responde a un estilo manifestado en sus otras obras. Es claro, directo y corresponde a su intención de comunicar. Desea que el lector perciba en ese laconismo, el mensaje, y que interprete las imágenes creadoras de emociones.

El autor expresó en una entrevista (1973:80): "...no escribo para el lector que vendrá, sino para el que está

aquí, poco menos que leyendo el texto sobre mi hombro". Al decir esto, enfatiza la concisión de su estilo literario. Cabe agregar también que, por el carácter intimista de la obra y por el procedimiento narrativo utilizado, el lector percibe el lenguaje de los personajes de la novela a través de las anotaciones hechas por Santomé, personaje principal, lo que nos lleva a hacer las consideraciones sobre la diferencia entre lenguaje hablado y lenguaje escrito.

Es obvio que Santomé ha sido cuidadoso en sus anotaciones, pues su interés, al escribir su experiencia diaria, ha sido el de captar, fijar y retener, con toda exactitud, esos momentos de su vida.

1. El léxico

Es constante el uso de formas lingüísticas propias de Montevideo: "saco (chaqueta), lustrina (tela brillante), pitucas (niñas bien), farra (diversión desenfrenada), tortilla de alcauciles (alcachofas), alunado (enojado), bruto (pesado, grande), botijas (niños), trompada (puñetazo), mozo (camarero), pancitos (panecillos), canilla (grifo donde sale agua), pajarona (tonta), amueblada (hotel que se renta por horas, motel), cafisho (mantenido por una mujer), pollera (falda), guarangos (mal educados), pavada (tontería), cañita (bebida alcohólica), paradas (petulancias), falluto (falso), pelotudos (haraganes),

pendejo (joven), macana (mentira), marote (cabeza), barra (pandilla)", etc.

2. Extranjerismos

Se encuentra el uso de "shorts, croupiés, chau, centroforward", y otros.

3. Topónimos

Para situarnos en el ambiente montevideano, Benedetti coloca el desarrollo de algunos hechos en lugares determinados de esa ciudad uruguaya. Cita lugares como: "Convención, Colonia, Parque de los aliados, Veinticinco y Misiones, Dieciocho y Paraguay, Mercedes y Río Branco, Píritos, Dieciocho y Andes, Carrasco, Rambla, La Paloma, Punta del Este", etc.

4. Construcciones adverbiales

Es constante el uso de las construcciones adverbiales utilizadas por la comunidad social representada en la obra. Se leen expresiones como: "no hay caso, a desgano, me tiraría un lance, me costó un triunfo, armar relajo, haciéndome el oso, lo saqué vendiendo boletines, haciéndole el artista, buena pieza, a la marchanta", etc.

5. El uso del "vos", el "tú" y el "usted"

Benedetti utiliza el "vos" como forma de trato familiar y reserva el "usted" para las relaciones menos allegadas. Esta forma es común en la mayoría de los pueblos latinoamericanos, lo que refleja los rasgos generales del pueblo montevideano con el nuestro.

El "vos" lo utiliza Santomé con sus hijos y sus amigos; lo usan Esteban, Blanca y Jaime. El "usted" lo utilizan los empleados de la oficina cuando se dirigen a un superior y también en el trato con gente desconocida. Es interesante que el "tú", lo reserva para relaciones especiales: Santomé-Laura; Laura-Blanca.

6. Uso de verbos y de tiempos verbales

El procedimiento narrativo de La tregua, en forma de diario, obliga al narrador a emplear los tiempos del modo indicativo: pasado, presente o futuro. Son raros los casos en que se usa un tiempo del subjuntivo; por ejemplo, cuando los recuerdos de Martín Santomé van referidos a Isabel, su esposa muerta. Esta circunstancia es útil pues da a la novela el carácter de seguridad temporal en su realización.

7. El lenguaje connotativo

Es un procedimiento literario que usa Benedetti para las situaciones de humor, las cuales alejan momentáneamente al lector del tono pesimista de la obra. Los momentos humorísticos se encuentran en La tregua muy escasamente y son el resultado no de situaciones que muevan a risa, sino de la habilidad en el uso del lenguaje connotativo del autor. Véase el siguiente texto donde Martín Santomé narra el hogar de su amigo Vignale:

"La familia de Vignale es numerosa, estentórea, cargante. Incluye a su mujer, su suegra, su suegro, su cuñado, su cuñada y -horror de los horrores- sus cinco niños. Estos podrían ser definidos aproximadamente como monstruitos. En lo físico son normales, demasiado normales, rubicundos y sanos. Su monstruosidad está en lo molesto que son. El mayor tiene trece años y el menor seis. Se mueven constantemente, constantemente hacen ruido, constantemente discuten a gritos. Uno tiene la sensación de que se le están trepando por la espalda, por los hombros, que siempre están a punto de meterle a uno los dedos en las orejas o tirarle del pelo. Nunca llegan a tanto, pero el efecto es el mismo, y se tiene consciencia de que en casa de Vignale uno está a merced de esa jauría. Los adultos de la familia se han refugiado en una envidiable

actitud de prescindencia, que no excluye trompadas perdidas que de pronto cruzan el aire y se instalan en la nariz o en la sien o en un ojo de uno de aquellos angelitos." (104)

Esta descripción indica la habilidad de Benedetti en el uso del lenguaje y en su aguda observación de las circunstancias humanas:

"El método de la madre, por ejemplo, podría definirse así: tolerar toda postura o insolencia del niño que moleste a los otros, incluidas las visitas, pero castigar todo gesto o palabra del niño que la moleste a ella personalmente. El punto culminante de la cena tuvo lugar a los postres. Uno de los chicos quiso dejar testimonio de que el arroz con leche no le agradaba. Dicho testimonio consistió en volcar íntegramente su porción sobre los pantalones del menor de sus hermanitos. El gesto fue festejado con generoso ruido, pero el llanto del damnificado superó todas mis previsiones, y no cabe en ninguna descripción. Después de la cena, los niños desaparecieron, no sé si dispuestos a irse a la cama o a preparar el cóctel de veneno para mañana temprano." (104)

Benedetti utiliza las descripciones para dar a conocer el ambiente en que se desarrollan las historias. Hay agudeza y humorismo en ellas, aspectos que atenúan la observación minuciosa de las personas y objetos que lo rodean.

Las oraciones son simples y breves, y sirven para expresar ideas directas. Las oraciones largas, con variedad de proposiciones, extienden, amplían, aclaran y ayudan a la comprensión de los contenidos narrativos.

La sustantivación y adjetivación es precisa; los adjetivos objetivos dan idea exacta de los personajes en el aspecto físico (caracterización) y los adjetivos subjetivos ayudan a la comprensión psicológica de los personajes. . . -

IV. CONCLUSIONES

- A. Dentro de la producción hispanoamericana destaca Mario Benedetti, quien pertenece a la generación uruguaya de 1945.

Benedetti es un escritor congruente con las ideas que expone; sus valores sociales pueden encontrarse a través de toda su producción literaria y en los artículos de revistas y periódicos donde ha escrito. Es un escritor que nos expone, con detenimiento y amplia reflexión, los males sociales de su patria, Uruguay, que son comunes a todos los pueblos hispanoamericanos.

- B. Los recursos formales que utiliza el autor en esta novela, su organización estructural, la utilización del lenguaje y el uso del diario como procedimiento narrativo contribuyen al acierto en la exposición temática, cuyos tres elementos predominantes son: el amor, muerte y tiempo.

- C. El lenguaje utilizado es sencillo, desprovisto de vana ornamentación, y se usa para manifestar lo que siente el hombre común de clase media. El uso de oraciones cortas sirve para la presentación directa de las ideas; las oraciones extensas, para ampliar y aclarar dichas ideas, y para extender la narración oportunamente. La adjetivación y la sustantivación se usan con mucha prudencia. Los tiempos verbales otorgan a la narración la lentitud que exigen la tensión y la angustia que emergen de la incertidumbre entre un pasado que está determinando el presente y un futuro que se supone no llegará.

En el estilo y el lenguaje utilizado no se adivierte la presencia de figuras literarias; si acaso, uno que otro símil o recurso comparativo.

- D. Los principales personajes son redondos y, como se utiliza el punto de vista del narrador-protagonista, las vivencias de los otros personajes llegan al lector a través del personaje principal. La descripción objetiva exhibe la parte externa de las personas; en cambio, la utilización de adjetivos subjetivos muestra el área no visible y sentimental de ellas.

E. El estilo corresponde a la exposición directa de los sucesos, con uso de un lenguaje breve y conciso. Describe con singular maestría los momentos de tristeza, frustración, pesimismo y dolor. El humor es, como lo declara el mismo Benedetti, "un fijador de ideas". La forma de diario le da un tono intimista al relato que toca las fibras más sensibles del lector.

F. La tregua significa un momento de respiro, un estadio amoroso para Martín Santomé, que le permite volver a vivir, o mejor dicho: revivir, pues el amor se convierte en el motivo central de su vida. El amor hace que renazca su sensibilidad y le da paso a las expectativas optimistas. Las indecisiones de Martín derivan de las preocupaciones acerca la edad de Laura. Sin embargo, gracias al amor, el obstáculo es vencido, aunque después venga la muerte a truncar sus expectativas y caiga en la frustración.

En La tregua, el amor es prácticamente el único sentimiento capaz de rescatar al ser humano de la desesperanza cotidiana, pero -lamentablemente- la muerte, imposibilita ese rescate. El amor aparece dos veces, pero desaparece de igual manera. La tregua no es más que un tiempo en el cual el amor asomó

momentáneamente, para luego desaparecer y dejar a
Martín en espera de su propio final.

BIBLIOGRAFIA

- Alonso Amado.
1965 "Carta a Alfonso Reyes sobre Estilística". [En Materia y forma en poesia]. Madrid, España. Edit. Gredos. p. 78-86.
- Benedetti, Mario.
1982 La Tregua. Madrid, España. Edit. Cátedra.
- .
1984 Geografías. Madrid Ediciones Alfaguara S.A. Madrid, España. 212 pp.
- .
1981 Viento de Exilio. México. Editorial Nueva Imagen. 122 pp.
- .
1977 El escritor Latinoamericano y la revolución posible. Editorial Nueva Imagen. México. 181 pp.
- .
1981 Cotidianas. México. Siglo XXI Editores, S.A. 102 pp.
- .
1982 Primavera con una esquina rota. México. Editorial Nueva Imagen. 239 pp.
- .
1977 Con y sin nostalgia. México. Siglo XXI Editores, S.A. 156 pp.
- .
1975 La muerte y otras sorpresas. México. Siglo XXI Editores, S.A. 132 pp.
- .
1974 Gracias al fuego. Barcelona, España. Editorial Laia. 275 pp.
- .
1988 Viento del exilio. México. Editorial Nueva Imagen. 122 pp.
- .
1978 Montevideanos. México. Editorial Nueva Imagen. xxx pp.
- .
1967 Esta mañana y otros cuentos. Uruguay. Editorial Arca. 101 pp.

- 1977 Quién de nosotros. México.
Editorial Nueva Imagen. 108 pp.
- 1981 El ejercicio del criterio. México.
Editorial Nueva Imagen. 306 pp.
- 1987 Pedro y el capitán. México.
Editorial Nueva Imagen. 91 pp.
- 1981 La casa y el ladrillo. México.
Siglo XXI, S.A. 138 pp.
- 1977 Letras de emergencia. México.
Editorial Nueva Imagen. 156 pp.
- 1983 Cuentos. Madrid, España. Alianza
Editorial, S.A. 285 pp.
- 1978 Inventario. 2T. México, Editorial
Nueva Imagen.
- 1966 El país de la cola de paja.
Montevideo, Uruguay, Editorial
Arca. 149 pp.
- 1958 Ida y vuelta. Montevideo, Uruguay.
22 pp.
- (Democles)
1961 Mejor es Meneallo. Montevideo,
Uruguay. Editorial Arca. 161 pp.
- Boldori, Rosa;
Díaz, Jesús y
otros 11 autores
1973 Mario Benedetti, variaciones
críticas. Edición a cargo de Jorge
Ruffinelli. Montevideo, Uruguay.
Editorial Libros del Astillero. 220
pp.
- Bousoño, Carlos.
1955 Nuevo concepto de la Estilística.
"Fondo y formas y personalidad".
Bogotá, Colombia. Revista Bolívar,
No. 40. Junio. p. 1017, 1027.
- Croce, Benedetto.
1938 Breviario de Estilística.
Traducción del italiano. Buenos
Aires, Argentina. 247 pp.

- 1982 Fenichel, Octavio. Teoría Psicoanalítica de la
neurosis. Madrid. Edit. Alianza
250 pp.
- Kayser, Wolfgang. Interpretación y análisis de la
obra literaria. Versión española de
1972 María D. Muoton y V. García Yebra.
Madrid, España. Editorial Gredos.
594 pp.
- Martín, José Luis. Crítica Estilística. Prólogo de
1973 Helmut A. Hatzfeld, Madrid, España.
Editorial Gredos. 409 pp.
- Shaw, Donald. Nueva Narrativa hispanoamericana.
1983 Madrid. Editorial Cátedra. 247 pp.
- Simons, J.L. Desviaciones. Montevideo. Edit.
1985 Arca. 195 pp.
- Torre, Guillermo D. Problemática de la literatura.
1958 Buenos Aires, Argentina. Editorial
Losada. 356 pp.